

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2023-2024

Tesina para obtener el título de Especialización en Migración, Desarrollo y Derechos
Humanos

Del Caribe a Los Andes, una partida para mi encuentro. Hilado autobiográfico de mi ser
migrante en Ecuador desde 2012 hasta la actualidad

Durán García María Emilia

Asesora: Rivadeneira Suárez Lucía Catalina

Lectora: Bonilla Mena Tania Lizeth

Quito, febrero de 2025

A las migrantes, las refugiadas, las
retornadas y las sin papeles de este
continente.

Índice de contenidos

Resumen	5
Introducción.....	7
Capítulo 1. Del petróleo y las migraciones en Venezuela	13
1.1. Migración venezolana en Ecuador	18
1.2. Migración de mujeres venezolanas en el siglo XXI.....	21
Capítulo 2. La autoetnografía como construcción epistemológica del sujeto	23
2.1. Primera clave: el asunto de la identidad en la migración	23
2.2. Segunda clave: autoetnografía y género.....	25
2.3. Tercera clave: La migración profesional en mi narración autobiográfica.....	27
2.4. Cuarta clave: Trayectoria migratoria e interseccionalidad.....	28
Capítulo 3. Hilando los elementos de la autoetnografía migrante	29
3.1. Técnica de investigación	30
3.2. Enfoque de análisis y presentación de recuerdos	30
3.3.1. La partida.....	30
3.3.2. Vivir entre volcanes y la insoportabilidad del frío	32
3.3.3. Acoso taxista	34
3.3.4. Vivo en la mitad de mi mundo	35
3.3.5. Mi primer trabajo en Ecuador	36
3.3.6. La crisis en Venezuela.....	38
3.3.7. El inventario de las cosas de casa y el sentido de pertenencia	38
3.3.8. El amor a lo ecuatoriano.....	39
3.3.9. Del Caribe a los Andes en la cola de una ballena: reflexión preliminar	40
Conclusiones	42
La autoetnografía y el género.....	43
La migración profesional en mi narración autobiográfica	44
Hilar recuerdos o los retos de narrarse a sí misma	44
Referencias	46
Anexos	49

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesina

Yo, María Emilia Durán García, autora de la tesina titulada “Del Caribe a los Andes, una partida para mi encuentro. Hilado autobiográfico de mi ser migrante en Ecuador desde 2012 hasta la actualidad”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de especialización en Migración, Desarrollo y Derechos humanos, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, enero de 2025.



María Emilia Durán García

Resumen

La autoetnografía migrante es una propuesta de construcción de conocimiento sobre la migración y la identidad del sujeto migrante a través de la narración de vida. En este caso, soy el sujeto de estudio y la que estudia su propia migración. A través del análisis de una selección de recuerdos busco hilar las motivaciones personales, internas y externas, que me llevaron a enunciar me como sujeto migrante desde mi salida de Caracas (Venezuela) hasta la llegada a Quito (Ecuador) en 2012, para ser estudiante de una maestría de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de Ecuador. A través de la autoetnografía migrante indago sobre las condiciones de la sociedad venezolana que motivaron mi salida del país y la relación con temas como la identidad, la interseccionalidad y la migración profesional de mujeres venezolanas. Esta es una apuesta para contar mi propia historia, más allá de las interpretaciones “humanitaristas” relacionadas a la migración venezolana de los últimos años en Ecuador. El camino metodológico se basa en una exploración en los recuerdos que albergó en torno a mi partida y mis primeros años en Ecuador. Con esta investigación busco identificar los entrecruzamientos entre mi propia historia y la de otras mujeres migrantes que permitan observar los lugares comunes -e individuales- en los cuales hemos reclamado nuestra existencia más allá de los estereotipos de género, raza, clase y nacionalidad que se hacen presentes en los análisis migratorios.

Agradecimientos

A quienes todos los días cruzan fronteras físicas y simbólicas para reclamar-se el derecho a vivir digna y sabrosamente en cualquier parte del mundo y del tiempo.

Introducción

“Soy una tortuga, allá donde voy llevo mi hogar en mi espalda”.

—Gloria Anzaldúa

La migración envuelve una distancia, una partida, que se toma del lugar y sociedad de origen hacia un contexto diferente y desconocido. Cargar en la espalda la cultura “original” implica diversos significados para quien migra: una carga, una posibilidad o una maleta de emergencias a la que recurrir cuando esa distancia anuncia una separación de quién se creía ser dentro de esa cultura. Cargarse a sí misma en la migración es una apuesta existencial que no acaba nunca.

La migración es un fenómeno social, económico y político que transforma la vida de las personas, pero no todas asumen la migración de la misma manera. Para algunas puede considerarse un hecho transitorio -algunas veces definitivo- que afecta la identidad al confrontar la construcción del sí mismo y la otredad en un marco relacional de poder en las relaciones económicas, políticas y/o culturales que se juegan en contextos migrantes (Álvarez Benavides 2020, 100). El acto de migrar afecta los marcos de sentido preestablecidos de las y los sujetos sobre su identidad nacional, el territorio, las fronteras y las referencias de familia y sociedad.

Las vivencias personales aportan, entonces, un nutrido campo para la comprensión de la migración y del sujeto migrante, a través de la narrativa que se construye sobre los efectos que produce migrar en la historia personal. Es decir, la narrativa autobiográfica permite hilvanar una historia mediante la oralidad enmarcada en un tiempo y espacio.

En este caso, a partir del recorrido por la memoria de momentos vitales, yo, me enuncio como sujeto migrante desde mi salida de Caracas (Venezuela) en 2012. Es a través del ejercicio autoetnográfico que logro hilvanar las motivaciones que me llevaron a quedarme en Quito (Ecuador) después de terminar la maestría en 2014, para asumirme como migrante a nivel material y emocional.

Narrar la vida como migrante puede ser un camino desafiante en el que, algunas veces, no hay un punto de salida ni un punto de llegada, se desbordan las linealidades y cronologías, porque la vida migrante, al igual que cualquier otra, está marcada por experiencias, emociones y transformaciones que complejizan las narrativas que construimos sobre nuestras vidas, procesos y experiencias.

Narrar es de vital importancia, porque el lenguaje es un vehículo para la construcción de la identidad, de las historias personales y los diferentes ámbitos existenciales que ocupan y son representativos en la vida de los sujetos. Por esto, es necesario conocer el contexto a partir del cual se desarrolla la migración, específicamente la mía, porque esto permite comprender qué aportan los elementos sociales, económicos, políticos y de género inscritos en la historia de Venezuela y la historia de Ecuador en el tránsito de mi vida como mujer venezolana migrante.

A partir de la crisis económica y política vivida en Venezuela desde inicios del siglo XXI, parte de su población inició una travesía hacia el sur y el norte de América.¹ La mezcla de las vidas que conformaron estas migraciones fue un hecho resaltante, se trataba tanto de población popular como profesionales en búsqueda de mejores condiciones de vida. Rápidamente los estados, la cooperación internacional y los medios de comunicación dieron una especial atención a la situación de las y los venezolanos en el continente.

La respuesta hacia la población venezolana se ha enmarcado en una estrategia internacional humanitaria. Autores como Fassin Didier (2016) o Eduardo Domench (2017) sostienen que el humanitarismo puede convertirse tanto en una acción de protección como de control sobre la población migrante, en el cual se victimiza y, por ende, se corre el riesgo de anular la agencia de las personas migrantes. Por fuera de todo este entramado moral en la opinión pública, existen otras migraciones que escapan del drama mediático, aunque sean historias de vida igualmente válidas, y confronten los preceptos de género, clase y raza tanto en las sociedades de acogida como en el propio país de origen.

En relación a lo anterior, esta autoetnografía se plantea como un posicionamiento por brindar una mirada diferente de la migración, la identidad nacional y los preceptos de género establecidos. Es a partir de la narración de alguna de mis experiencias vividas en Quito y el peso de las categorías de género, raza, clase y mi trayectoria laboral, como claves en mi auto identificación migrante, que intento comprender:

¿Cómo fue el proceso que me llevó a asumirme migrante a partir de las experiencias personales, laborales y académicas en Ecuador y mi rol familiar como productora de remesas luego de la crisis política y económica en Venezuela (2016)?

¹ Según la plataforma interagencial R4V, coordinada por ACNUR y OIM, la migración venezolana en el mundo alcanzó en marzo de 2023 la cifra de 7 239 957.

Dentro de los estudios sobre migración, la realidad social se entiende como una construcción espacio temporal en constante transformación, de acuerdo con la diversidad de experiencias personales y colectivas vividas entre diferentes puntos: partida, destino, intermedios, etc. La producción de conocimiento sobre migración, basada en el método científico puede obtenerse a través de dos enfoques: el enfoque cuantitativo y el enfoque cualitativo.

Estos enfoques abordan la realidad de acuerdo con la definición de su objetivo de investigación, los cuantitativos pueden estudiar el comportamiento poblacional con relación a la migración, por ejemplo, el número de personas migrantes, desplazadas o refugiadas; por su parte, el enfoque cualitativo puede centrarse en la experiencia migratoria de las personas para analizar sus motivaciones, cambios o emociones sobre la misma.

Para entrar a la experiencia personal sobre la migración, los métodos cualitativos resultan muy enriquecedores por su carácter inductivo, ya que plantean un recorrido de lo específico o particular a lo general. Para María E. Galeano (2003,16) “la metodología cualitativa consiste más que un conjunto de técnicas para recoger datos: en un modo de encarar el mundo de la interioridad de los sujetos sociales y de las relaciones que establecen con los contextos y con otros actores sociales”.

En tal sentido, los métodos cualitativos poseen una amplia gama de herramientas de investigación como historias de vida, relatos de vida, entrevistas a profundidad, biografías y estudios etnográficos, que son usados en los estudios de migración para análisis de flujos migratorios, vidas transnacionales, construcciones identitarias, entre otras.

La investigación planteada en esta oportunidad es una autoetnografía migrante no solo como una estrategia de recolección de información, sino como un hacer epistemológico, una posibilidad de construir conocimiento desde la propia subjetividad a través de la narración que valida y valora la experiencia humana. Para Lucia Rivadeneira (2020, 12), la narración es la manera como luchamos por otorgar sentido a nuestras vidas y hacer que valga la pena ser vividas:

(...) pues la misma existencia humana es una lucha entre fuerzas contendientes e imperativas. Esta necesidad del ser puede tomar la forma de una búsqueda de uno mismo, en otras ocasiones puede consistir en trabajar para transformar el mundo en el que uno es arrojado, en un mundo en el que uno ha tomado parte en construirlo. A veces implica una lucha por vivir dando la cara a la adversidad y la pérdida. A veces la lucha es contra la nada, para hacer que la

vida valga la pena ser vivida en lugar de una vida sin esperanza, sin provecho, inútil (Jackson 2005 citado en Rivadeneira 2020, 12).

En la narración las personas volvemos a nuestras experiencias constantemente para otorgar sentido a la vida frente al mundo exterior, pero ese sentido no es exacto, ni estático, al contrario, puede transformarse, de acuerdo con los contextos y las personas con las que nos relacionamos y disputamos el poder sobre nuestra propia existencia. Es un movimiento interno y externo, es decir, de pertenecer a algo más grande como la sociedad, la familia, el país y reclamar al mismo tiempo nuestra propia subjetividad dentro de esa pertenencia. Ese movimiento puede llevarnos a buscar la razón de porqué estamos vivos y qué de nuestra historia narra la unicidad que somos para, al mismo tiempo, proporcionarnos un lugar en la historia general de las sociedades.

En mi propuesta de autobiografía migrante parto de la recapitulación de algunos recuerdos que me permiten identificar hallazgos importantes en mi narración. El primero de ellos es que las motivaciones para mi migración fueron externas, es decir aquellas relacionadas al capital económico y social en Venezuela dado el crecimiento del mercado laboral y el aumento en la capacidad de ahorro, más mi condición de mujerjoven, sin hijos y con cierta independencia económica, que me permitió pensar en la posibilidad de continuar mis estudios en aras de un mejoramiento profesional y políticoactivista.

El segundo hallazgo está marcado por las motivaciones internas que estuvieron ligadas a una búsqueda existencial en respuesta a una sensación de limitación y discriminación como resultado de un conjunto de relaciones marcadas por el machismo, el sexismo y el racismo en los espacios de militancia y en mis entornos de afectos personales. Aunque en el momento no tenía capacidad de nombrar esas sensaciones de opresión, dentro de mí se tramó un “escape”: irme de Venezuela era una oportunidad para crecer y al mismotiempo encontrarme a mí misma.

Otro hallazgo es la relación entre geografía e identidad: la desterritorialización, como un efecto de no estar físicamente en mi lugar de origen, pero al mismo tiempo, sentirme atravesada por las marcas identitarias como el acento, mi color de piel, mi cuerpo y cierta nostalgia geográfica por el calor y el mar. Este movimiento dialéctico otorga nuevos sentidos al espacio y al tiempo, por ejemplo, mi relación con el frío y las montañas se ha transformado de manera significativa, si antes me sentía “atrapada” dentro de este paisaje, hoy en día puede reconocerlo como una sensación de “protección” que me da la imponencia de los volcanes

rodeando a la ciudad de Quito. También esto ha resignificado mi relación con el Caribe y el mar, aunque en un tono nostálgico por la lejanía, la experiencia de migración en los Andes me ha hecho más caribeña en mi forma de ver el mundo.

Un cuarto hallazgo fue trabajar y producir remesas como eventos cruciales al momento de decidir establecerme en Quito. Aunque mi ingreso al mercado laboral ecuatoriano fue relativamente sencillo, producto de la estabilidad económica y política del país, muy pronto tomó un giro personal cuando inició la crisis en Venezuela, pues mi proyecto no era quedarme, sino conocer el país que me acogía, pero en una circunstancia crítica la vida cambió al asumir un rol importante en el soporte económico de mi familia como responsable de enviar remesas. La remesa simbólicamente pasó a ser una forma de conexión familiar y un justificativo para decidir mi estadía en el país, con ello vino la vivencia del duelo y la soledad como consecuencias emocionales de mi migración, en un primer momento, hasta que en ese movimiento de desterritorialización mi emocionalidad me permitió la construcción de una red de afectos y relaciones personales que me sostienen hasta el presente.

La forma como el género, la clase y la etnicidad racial, se cruzan en mí como mujer afrovenezolana en Ecuador es un hallazgo importante en mi narrativa migrante. Las experiencias vividas me han llevado a nombrarme migrante, pero lejos de victimizarme, lo apropio desde un ser-hacer político de mi vida que se entrecruza con otras identidades como las de las mujeres racializadas y trabajadoras. A través de mi propia historia busco tejerme con las historias de otras mujeres migrantes y visibilizar la forma como la migración transforma nuestras subjetividades y crea nuevos ordenes narrativos sobre nuestras propias vidas y las sociedades de origen y acogida, rebelándonos ante cualquier estereotipo preestablecido.

Para aprehender mi propia narrativa, a través de mi propuesta de autobiografía migrante, realizo, en primer lugar, una contextualización de la situación venezolana que enmarcó mi proceso migratorio, partiendo de la propuesta de Hein de Hass (2006) al considerar los factores de crecimiento económico y social de la sociedad venezolana durante los siglos XX e inicios del XXI, como impulsores de la migración interna y externa anclada a la expansión social y cultural de la población que la protagonizó.

En segundo lugar, desarrollo el marco teórico y conceptual basado en el abordaje de la identidad a través de la propuesta de Stuart Hall y Paul Du Gay (2003) y Joan Scott (2006) sobre la identidad como un elemento en constante transformación y la idea de la identidad

como un territorio y los efectos de desterritorialización que provoca la migración inspirada en Félix Guattari (1989).

Posteriormente, abordo a través de Mariza Peirano (2021) y Amarela Varela Huertas (2021) el postulado que la autoetnografía no se trata simplemente de una herramienta metodológica cualitativa, sino de una construcción teórica en sí misma. Planteo, también, el tema de la migración profesional en mi narración autobiográfica y el lugar del trabajo en la migración de mujeres a través de autoras como Soledad Coloma (2012). Finalmente, conceptualizo el tema de trayectorias migrantes e interseccionalidad partiendo de Yolanda Alfaro (2021), para la autora se trata del análisis sobre las categorías sociales que cruzan la vida de una persona: género, edad, lugar de procedencia, profesión, y se mezclan con el espacio social que ocupa tanto en la sociedad de destino (o destinos) como el origen.

En relación con la metodología, el uso de la autoetnografía lo realicé a través de grabaciones y transcripción de recuerdos alternos, no secuenciales, emotivos, y cronológicamente diferentes que motivaron mi migración a Quito, Ecuador. A partir de una narración íntima busco visibilizar los giros y las motivaciones que influyeron en mi decisión de no retornar a Venezuela tras la culminación de mis estudios de maestría en FLACSO en 2014; y, por el contrario, plantearme la permanencia en Ecuador.

De acuerdo con el Código de ética de la investigación de FLACSO, indico que esta investigación ha sido realizada enteramente con material de fuentes secundarias y con transcripciones y escritos propios. En los textos no se involucra a otras personas, comunidades y/o poblaciones vulnerables. Para la realización de esta investigación se citaron fuentes periodísticas e informes oficiales citados debidamente según el Manual de elaboración de tesis de esta casa de estudio, en respeto a los derechos de autor. Toda la información utilizada pueda ser cotejada de manera pública y en directa comunicación conmigo como autora de este escrito a través de los diferentes canales de comunicación de ser necesario.

Es a través de mis recuerdos que exploro las contradicciones en torno a mi identificación de género, clase y étnica-racial como resultado de ambivalencias simbólicas entre el afuera (Quito) y el adentro (subjetividad) en mi vida migrante. Finalmente despliego los principales hallazgos y aportes obtenidos con esta metodología para terminar por enlistar las conclusiones generales de la investigación.

Capítulo 1. Del petróleo y las migraciones en Venezuela

Entender el escenario que propició mi migración es una etapa necesaria pues en ella se revela los aspectos estructurales de la sociedad venezolana que propiciaron mi salida dado el crecimiento económico del país. En esta etapa, el petróleo fue un factor que aumentó el crecimiento y las contradicciones entre las clases burguesas y trabajadoras, hasta inicios del siglo XXI en el que el discurso de la igualdad y la redistribución de la riqueza tomó lugar para dar paso a nuevas contradicciones y posibilidades de migración.

Durante el siglo XX Venezuela se consolidó como un país petrolero. La década de los 60 y 70 estuvieron marcadas por el crecimiento económico a través del modelo de sustitución de importaciones que buscó la consolidación de la industria nacional y un modelo de democracia bipartidista. La situación económica permitió ampliar el acceso a los servicios sociales para la mayoría de la población venezolana: educación, infraestructura, salud y trabajo asalariado. Este periodo de crecimiento duró hasta mediados de los 80. Posteriormente se implementaron en el país las llamadas medidas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Dichas medidas suponían, entre otros puntos, el aumento de la gasolina, la implementación de impuestos como el IVA, liberación de las tasas de intereses y la privatización de empresas e industrias del Estado, las cuales redujeron, considerablemente, los ingresos del Estado para el financiamiento de las políticas sociales (Durán 2011, 70-72).

Durante esta época, Venezuela se caracterizó por la recepción de personas migrantes de otros países latinoamericanos que buscaban mejorar su calidad de vida, provenientes de países como Colombia, Perú y Ecuador.² Al mismo tiempo, se dio el fenómeno inicial de la emigración de profesionales altamente calificados (Científicos, tecnólogos y académicos) gracias a convenios educativos como el convenio Andrés Bello (década de los ochenta) que permitió la colocación de profesionales venezolanos y venezolanas en programas académicos internacionales, posteriormente, estos profesionales lograban insertarse en el mercado laboral de países desarrollados, pero en comparación con la migración recibida en Venezuela, esta era poco representativa (Vargas 2018, 102).

Los efectos de las políticas neoliberales incrementaron la desigualdad social entre los sectores precarizados y los más favorecidos. La mayor parte de estas políticas fueron

² “Estudios anteriores sobre la migración internacional de ecuatorianos coinciden en delimitar tres etapas fundamentales: un primer flujo que se produce a mediados del siglo XX hacia Estados Unidos y Venezuela, principalmente desde sectores urbanos y se establece en destino con sus familias de manera definitiva” (Herrera Mosquera 2013, 23).

mermando los derechos consolidados como la educación o la salud pública, este escenario sacudió los cimientos de la sociedad venezolana, allanando el camino para la instauración de un nuevo liderazgo político encabezado por Hugo Rafael Chávez Frías. Durante su gobierno se desarrollaron políticas sociales con el objetivo de reducir las desigualdades del modelo económico existente, bajo el planteamiento de una nueva democracia participativa. No obstante, autores como Vargas (2018) y Vera (2011) señalan que la clase social media se vio afectada por la disputa entre el gobierno de Chávez y las élites políticas y económicas tradicionales. Esta situación planteó un segundo movimiento migratorio de profesionales, técnicos y jóvenes calificados entre 1999 a 2013:

Entre el 2010 y 2015 la intención de emigración entre estos estudiantes paso de 64 a 88%, cuyo propósito era insertarse en el campo laboral; además, 80% de ellos tenían algún familiar o conocido en el posible país destino. Las principales razones para querer salir de Venezuela estaban relacionadas a factores negativos del contexto lo cual evidencia aspectos fundamentales como: 1) El desgaste del capital económico y el factor tiempo invertido por instituciones del Estado - como las universidades - en la formación de estas personas que al final podrían salir de Venezuela, 2) El riesgo de que esta pérdida sea definitiva por no reconectarlos de alguna manera con el país en proyectos nacionales y por último, 3) Que su conocimiento esté siendo desaprovechado en el país destino porque no se insertan en las áreas de competencia para la cual se formaron (Vargas 2018, 107).

Contradictoriamente, el aumento del tamaño del estado concentró la mayor cantidad de migración de profesionales altamente calificados, producto del crecimiento económico y la ampliación de la capacidad de consumo de la población. Autores como Hein De Haas (2006) sostienen que en estos momentos suele producirse un incremento en los niveles de migración interna y externa relacionados al mejoramiento integral de la sociedad:

Factores como los ingresos crecientes, el desarrollo de infraestructura de transporte y comunicaciones, un mejor acceso a la educación y la información, así como los procesos de cambio social y cultural pueden brindar, a la gente, las capacidades y aspiraciones necesarias para migrar: en un principio, la migración es predominantemente interna y en etapas posteriores, cada vez más, tiende a ser internacional (De Haas 2006, 66).

En este sentido, el hecho de que la población contara con mayor acceso a capitales económicos y culturales permitió que las personas profesionales no solo lograran insertarse al mercado laboral nacional, sino que aspiraran a continuar su formación académica como una manera de acumular capital social en un contexto de replanteamiento de las relaciones

sociales y expansión de la llamada clase media. En este escenario las opciones y oportunidades de salir del país por estudios o propuestas laborales se ampliaron considerablemente, debido, entre otras cosas, a la capacidad de ahorro individual.

No obstante, esto varió con la crisis financiera global de 2008, pues “aunque la economía venezolana no presentó pérdidas de capital y de empleo más severas que el resto de sus pares latinoamericanos, la caída del producto interno bruto y del ingreso salarial real fue bastante más seria que la ocurrida en la región” (Vera 2011, 106-107). Varias de las razones adheridas a los efectos de esta crisis se relacionaron con la dependencia económica petrolera, aumento del crédito externo, el ajuste a las importaciones y los ajustes al salario mínimo.

En este contexto, la migración de personas profesionales fue en aumento, hasta llegar a otro momento decisivo relacionado con la muerte de Hugo Chávez.³ Su muerte generó un escenario de nueva disputa política por el poder, aunado a factores como las múltiples sanciones impuestas por el gobierno de Estados Unidos.

La acelerada crisis que atravesaba el país, supuso un tercer momento de la migración venezolana, la llamada “Migración mixta: capital intelectual y fuerza de trabajo (2014-2017)” (Vargas 2018, 108-109). Esta última migración desencadenó la salida de millones de venezolanos de diferentes clases sociales, particularmente de los sectores más precarizados que llevaron a los estados y al sistema internacional a asumir una nueva mirada sobre esta migración, específicamente en los países de la región andina.

Por su parte, los autores Marianela Lafuente y Carlos Genatio, del Observatorio Venezolano de Migraciones, clasifican las migraciones de venezolanos en cuatro olas asociadas a hechos sociales, políticos y económicos de los últimos 25 años que marcaron una tendencia migratoria sin precedente en la historia de ese país:

La primera ola asociada al inicio del gobierno de Hugo Chávez. En el año 2002 se produjo un golpe de estado y paro del sector petrolero, que conllevó al despido masivo de trabajadores de PDVSA. Muchos de ellos emigraron a otros países petroleros, donde consiguieron rápidamente nuevos empleos bien remunerados. La mayoría de las personas que migraron durante este periodo eran de clase alta, y media alta, con recursos económicos y altos niveles educativos. La segunda ola estuvo relacionada a un periodo de estatizaciones de empresas y controles a los medios de información que ocasionó una pronunciada fuga de capitales, la emigración de empresarios y el traslado de empresas al extranjero. La tercera ola migratoria

³ Hugo Chávez murió en marzo de 2013.

ocurre con la muerte de Chávez y el ascenso al poder de Nicolás Maduro. En parte por las políticas de bloqueo al país y por las propias condiciones económicas preexistentes, además del aumento del desabastecimiento, la persecución política y la inseguridad personal. Las clases medias profesionales y los jóvenes universitarios buscaron otros horizontes y mayores oportunidades de trabajo en el extranjero. A partir de 2016, las clases más pobres también emigraron, en busca de trabajo y medios para sobrevivir. La cuarta ola migratoria, después de 2017 presentó un perfil distinto: la mayoría de las personas migrantes eran de menor nivel educativo y menos recursos económicos. La migración sur/sur se acentuó; los desplazamientos se realizaron mayoritariamente a través de las fronteras terrestres, en parte porque era más barato, pero también debido a las dificultades que se presentaron para conseguir pasaportes y visas, así como por la escasez de vuelos, ya que pocas compañías aéreas continuaron sirviendo al país. La mayor parte de los migrantes que salieron en 2018 y 2019 (casi un 75% del total) salieron del país sin haber formulado un proyecto de migración previo. Los destinos escogidos, principalmente Colombia y Perú, constituyeron para ellos un destino forzado e improvisado” (Lafuente y Genatios 2021, 27-28).

Como se puede observar no existe un consenso sobre la clasificación de la migración venezolana del siglo XXI, pero se puede marcar una trazabilidad, a partir de los acontecimientos vividos en este país durante el siglo pasado y el inicio del gobierno de Hugo Chávez. También resulta importante entender la caracterización de los primeros movimientos migratorios relacionados a una disputa de clases frente a la política de estado, ya que eso enfatizó la división interna entre grupos sociales económicamente diferenciados y, por ende, en el acceso a posibilidades de ascenso social. Esta división se haría más evidente luego en los casos de migración, sobre todo, en las migraciones en Sudamérica.

Específicamente, en el caso de Ecuador, el arribo de migración venezolana estuvo relacionado con dos momentos. El primero momento durante el gobierno de Rafael Correa, en el cual existieron varios incentivos para la migración profesional, que incluían entre otros, el llamado programa “Prometeo” (2011), una estrategia de captación de profesionales extranjeros en las áreas de la ciencia y la tecnología.⁴ Este programa fue una vía para la migración profesional desde Venezuela, particularmente de sectores profesionales relacionados a la investigación científica en el campo académico. Desde el punto de vista legal, los procesos de

⁴ A pesar de ello, actualmente no existen programas sostenidos de transferencia de conocimiento, ni de oportunidades para el intercambio de experiencia de nuestros investigadores con similares a nivel mundial, que permitan generar transmisión del conocimiento tecnológico y científico; por otro lado, se necesita el apoyo de investigadores extranjeros tanto para la asesoría en los proyectos científicos y tecnológicos, como para términos de docencia; asistencia técnica y asesoría en fomento productivo (SENESCYT 2011, 9).

regularización en el país facilitaban el reconocimiento y, en algunos casos, hasta la homologación de títulos universitarios lo cual facilitaba la adquisición de visas profesionales para ejercer libremente en el campo profesional en el país,⁵ sin embargo, a partir de la llegada de Lenín Moreno a la presidencia varios programas pasaron un proceso de recortes o suspensiones totales, lo cual afectó especialmente a la migración venezolana, este podría considerarse como el segundo momento de la migración en este país.

De acuerdo a Daniela Célleri (2020) en su investigación sobre la situación económica de inmigrantes en la ciudad de Quito, destaca la interconexión entre mercados laborales y migración en la región, detectando un desequilibrio en términos económicos entre fuentes de empleos y migración:

Aun cuando la inmigración intrarregional ha incrementado en América Latina y se han dado cambios en el mercado laboral de la región, muy pocos estudios analizan su relación en nuestros países (ECLAC e ILO, 2017). En cuanto a la situación laboral, las cifras actuales indican un importante cambio en los mercados de la región: después de dos décadas, el desempleo urbano creció de 7,3% en 2015 a 8,9% en 2016 (ECLAC e ILO, 2017) y a 9,3% en 2017 (ECLAC e ILO, 2018). Esto tiene varias consecuencias, como el crecimiento del trabajo informal y más condiciones laborales precarias. Por otro lado, los flujos migratorios intrarregionales crecen y el Ecuador se posiciona como cuarto país —después de Chile, México y Brasil— con el mayor incremento de inmigrantes de la región (Célleri 2020, 2-3).

En esta misma investigación, Célleri destaca que, en el caso ecuatoriano, a partir del año 2017 se posicionó en la opinión pública la idea de que los migrantes llegaban a “quitar” el trabajo a las personas locales (Célleri 2020, 2), pero esta aseveración lejos de responder a la realidad de las relaciones en el ámbito laboral, tergiversó los hechos aumentando los casos de discriminación hacia las y los migrantes, principalmente porque la mayor parte de la oferta laboral disponible tanto para migrantes como nacionales se encontraba en el mercado informal luego de los ajustes económicos aplicados por el gobierno de Lenin Moreno, aun así se extendió la idea contraria. Célleri reconoce en su investigación que un alto porcentaje de

⁵ De acuerdo a los datos aportados por la investigación de Gioconda Herrera y la otra “(...) entre 2013 y 2018 se han reconocido 25,708 títulos profesionales de venezolanos y venezolanas, de los cuales 55.13% corresponden a mujeres (...). Entre el 2014 y el 2015 se ve un aumento importante de reconocimientos de títulos universitarios de personas venezolana, ya en 2015 alrededor de 4,500 venezolanos registraron su título universitario, que es uno de los requisitos para la obtención de una visa profesional y de un trabajo en el sector público, especialmente para médicos y enfermeras (Herrera y Cabezas Gálvez 2019, 132).

migrantes entrevistados tenía niveles de educación superior a los trabajadores nacionales,⁶ sin embargo, la mayoría no se encontraba laborando en áreas relacionadas a su conocimiento, debido en parte a las dificultades legales del proceso de regulación en este país, que favorecía la explotación laboral, falta de contratos laborales y afiliación al seguro social.⁷

Finalmente, se puede observar que desde el año 2017 las condiciones de migración en Sudamérica, cambiaron drásticamente al pasar de, en palabras del autor Eduardo Domenech, el “encantamiento” provocado por las políticas migratorias de los gobiernos progresistas a políticas migratorias de carácter securitistas y restrictivas,⁸ afectando principalmente a las y los migrantes que por varias razones no contaban con la documentación requerida como cédulas de identidad, actas de nacimiento o pasaporte apostillados, para proseguir con los pasos hacia la regulación. Este escenario afectó a las personas migrantes, incluyendo la migración de las y los profesionales venezolanos, situación que complejizó la migración de venezolanos y venezolanas en Sudamérica.

1.1. Migración venezolana en Ecuador

A partir del año 2017 Colombia, Ecuador y Perú presenciaron un masivo ingreso de personas provenientes de Venezuela. Estas personas realizaron largos recorridos, a pie o en buses, desde su país de origen hacia diferentes países de América del sur a lo largo de corredores migratorios transfronterizos. Uno de esos puntos de llegada fue Ecuador, la población venezolana se movilizó a diferentes zonas del país de acuerdo con las redes familiares, de amigos, conocidos o por referencias. La mayoría se concentró en Quito (capital del país) y en ciudades de la costa como Guayaquil, Manta, Esmeraldas, entre otras.

⁶ “Uno de los aspectos que se evidencian reiteradamente es el alto nivel de instrucción universitaria de las personas inmigrantes encuestadas, el cual llega al 22%, comparado con el promedio a nivel nacional del último censo de 2010, del 6,3% en Pichincha” (Célleri 2020, 21).

⁷ “(...) la falta de un estatus regular no permite firmar contratos, al igual que la falta de perspectivas a mediano y largo plazos en sus trabajos, pero también la falta de disposición de los empleadores. Adicionalmente, se evidencia que la percepción del trabajo formal e informal no está necesariamente atada a un contrato firmado ni, a la afiliación al seguro social”. (Célleri 2020, 13),

⁸ De acuerdo al autor Eduardo Domenech, el problema del humanitarismo en las políticas sudamericanas de migración se basa en la centralidad de la tesis de seguridad nacional que conllevan estas políticas: “Durante largo tiempo, se dio por sentado que, en Sudamérica, a diferencia de lo acontecido en el hemisferio norte, no había sido alcanzada por ideas y prácticas securitarias que circulan a escala global. Quizás esto pueda ser atribuido al encantamiento que produjeron acontecimientos trascendentales y singulares y, en algunos casos, históricamente inéditos, que tuvieron lugar en la región como la enunciación de principios asociados a la ciudadanía universal y la consecuente medida de suspensión de visas (Ecuador), el reconocimiento formal de la migración como derecho (Argentina) o la materialización de reivindicaciones y demandas de derechos de los emigrantes e inmigrantes en piezas jurídicas (Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador). El problema, en mi opinión, es que de algún modo estas singularidades impidieron reconocer la coexistencia entre estos acontecimientos y las prácticas de control y vigilancia que operan en el presente en distintos países, diversos espacios, a diferentes escalas y a través de numerosos actores en el ámbito regional sudamericano (Domenech, 2017, 38).

El flujo creciente de migrantes rápidamente desencadenó campañas mediáticas que apuntaron a señalar que la llegada de las personas venezolanas provocaría “dificultades” al país como la posible pérdida de empleo para las y los locales o el aumento de la inseguridad, estos mensajes propiciaron una ola de xenofobia que afectó la permanencia de las y los migrantes en el país y el acceso a empleos, educación, salud, alquileres de viviendas, entre otros.

Un evento que motivó este tipo de actos fue el feminicidio ocurrido en la ciudad de Ibarra, provincia de Imbabura, el 19 de enero de 2019: una mujer venezolana embarazada fue asesinada por su pareja, también venezolana, en plena vía pública. Al día siguiente, Lenín Moreno, presidente de la República de Ecuador, emitió un comunicado en el que anunció “la conformación inmediata de brigadas para controlar la situación legal de los inmigrantes venezolanos en las calles, en los lugares de trabajo y en las fronteras.”, y advirtió que consideraban “la posibilidad de crear un permiso especial de ingreso al país... Les hemos abierto las puertas, pero no sacrificaremos la seguridad de nadie” (Borja 2019, párr.4).

El efecto de estos acontecimientos se mezcló con la situación generada por la crisis política, específicamente los paros nacionales de octubre 2019 y junio 2021, y la pandemia de covid-19 (2020-2022), una transición presidencial⁹, crisis de deuda externa, entre otras. En el año 2022

Ecuador cerró con una tasa de desempleo de 5.5 % (INEC 2023), sin embargo, de acuerdo con el diario *El Comercio* los datos de cierre de 2022 revelaron que apenas el 8% de los homicidios en el país eran cometidos por personas extranjeras (Velasco 2023).

La situación global post pandemia también tuvo secuelas en Ecuador, particularmente, las personas migrantes y nacionales vivieron un retroceso en el acceso a derechos. Un ejemplo de esto fue en lo relacionado a la justicia, de acuerdo con el estudio del Centro de Justicia y Paz (CEPAZ) de Venezuela presentado en mayo 2023, los riesgos relacionados con la violencia de género y la trata de personas aumentaron significativamente (Guedez 2023). En el caso de Ecuador se ubicó un aumento del 31% de casos de violencia hacia mujeres migrantes detrás de Colombia y Perú. Este escenario planteó una disyuntiva a la economía de las mujeres tanto ecuatorianas como migrantes que vieron afectados sus ingresos, por ejemplo, al cierre de 2022

⁹ Inicio de periodo presidencial de Guillermo Lasso

el INEC confirmó que la brecha de género favoreció el empleo adecuado masculino frente al femenino.¹⁰

Posterior a la pandemia de COVID 19 las secuelas económicas fueron palpables en la crisis de empleo y en el acelerado crecimiento de la economía informal, incluida la población migrante venezolana que, además quedó atrapada en una crisis de regulación de visados, que les impedía acceso a contratos laborales legales, afiliación al sistema público de seguridad social (IESS), entre otros. La informalidad económica supuso para la población migrante factores de riesgos como maltrato laboral, trabajos a destajo o explotación sexual como condicionantes de empleo.

Paralelamente, en el año 2021 se realizó la Conferencia Internacional de Donantes en Solidaridad con Refugiados y Migrantes venezolanos, liderada por el gobierno de Canadá. El objetivo central de este evento fue la movilización de recursos destinados a la atención de refugiados y migrantes, y el compromiso de gobiernos y entidades de la cooperación internacional en la gestión de dichos recursos. A partir de ese momento, la población venezolana residente en Ecuador, calculada en 400 000 personas fue objeto de proyectos y programas de inclusión económica (Hernández 2021).

Particularmente, sobre el caso de la migración venezolana se ha colocado un énfasis político en los relatos dramáticos que la impulsaron. En la mayoría de los países receptores la respuesta hacia la población venezolana se ha enmarcado en una estrategia internacional humanitarista en contra del gobierno de Nicolás Maduro. El humanitarismo, según Fassin Diddier (2016), plantea una paradoja sobre la concepción en torno a los sujetos, por un lado, los sentimientos morales se presentan frente aquellos más afligidos y vulnerables, pero para ser accionados deben reconocer su subjetividad, es decir, su capacidad de existir por sí mismos (Diddier 2016, 12-13).

En el caso de Ecuador, resulta interesante considerar que dentro del enfoque humanitarista en sus políticas de migración, persistió una contradicción, que deja ver los desafíos presentados a la población venezolana en este país, de acuerdo a la autora Gioconda Herrera:

(...) las contradicciones y brechas existentes entre un discurso que se fundamenta en los derechos humanos y la progresiva aplicación de políticas restrictivas ha producido una

¹⁰ El empleo adecuado para los hombres fue mayor al de las mujeres. Así, para el año 2022, a nivel nacional el 40,1% de los hombres en la PEA tuvieron un empleo adecuado, mientras que entre las mujeres el empleo adecuado fue de 27,0% (INEC 2023).

paradoja que consiste en sostener un discurso público de apertura para los migrantes y de facto aplicar políticas que excluyen a los inmigrantes del Sur. Es decir, la tendencia ha sido actuar de manera selectiva, y dirigida para cada flujo a pesar de los preceptos de la Constitución” (Herrera y Cabezas Gálvez 2019, 137).

En tal sentido, el humanitarismo hacia la población venezolana ha sido tanto un enfoque de protección como una forma de control social alegando su condición de víctima y deslegitimando su capacidad de agencia y voz propia, especialmente en el caso de las mujeres, de poder vivir la migración en autonomía. Es por esto que el enfoque de género resulta importante para entender cómo y por qué las mujeres decidimos también contar nuestra propia historia más allá de ser consideradas víctimas o victimarias de la migración.

1.2. Migración de mujeres venezolanas en el siglo XXI

Las motivaciones de la migración en general pueden ser muy diversas, hilar una ruta única en el caso de la migración de mujeres provenientes de Venezuela no es el fin de esta investigación, sin embargo, identifico diferentes razones relacionadas a la historia del país y el papel de las mujeres que pueden revelar la situación en la que se ubican dentro de la sociedad venezolana.

Con el crecimiento de la economía petrolera, las mujeres venezolanas entraron prontamente al mercado laboral, como resultado obtuvieron reivindicaciones importantes durante el siglo XX: la reforma del código civil, la igualdad de oportunidades en el sistema público de educación, etc. No obstante, al igual que en el resto de países latinoamericanos, las mujeres principalmente ocupaban el lugar del cuidado y la protección de la familia, por lo que, ante cada crisis, las mujeres vivían la desigualdad impuesta por el sistema económico.

De acuerdo con García y Valdivieso (2009) la transformación de la participación de las venezolanas en la política nacional fue aumentando progresivamente, y los aspectos más significativos fueron los aportes a la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999, entre los que destacan:

(...) uso no sexista del lenguaje (Art. 21); inclusión de las medidas positivas como garantía de la igualdad real y efectiva (art. 21); reconocimiento de rango constitucional y prevalencia de jerarquía de tratados, pactos y convenciones relativos a derechos humanos, suscritos y ratificados por Venezuela (art. 23); principales instrumentos internacionales pro igualdad, inclusión de los derechos sexuales y reproductivos (art. 76); el trabajo del hogar como

actividad económica que crea valor agregado y produce riqueza y bienestar social y derecho a la seguridad social de las amas de casa (art. 88) (García y Valdivieso 2009, 138).

También atribuyen a este periodo histórico avances tanto en el poder legislativo sobre leyes específicas a favor de las mujeres como la Ley por una vida libre de violencia de género de 2007, la creación del Ministerio de la Mujer y el avance del movimiento feminista y de mujeres para la defensa común de derechos. No obstante, muchos de estos avances políticos no están alineados a la realidad de la mayoría de mujeres populares, ya que temas como el embarazo en adolescentes, el derecho a la interrupción libre del embarazo, el libre ejercicio de derechos sexuales y derechos reproductivos fueron limitadamente cumplidos, situación que motivó que muchas adolescentes y jóvenes vieran coartado el desarrollo de sus proyectos de vida.

Este escenario, aunado a que los campos laborales como la academia y la investigación científica captaban una parte importante de las mujeres profesionales y estaban en franca disputa con las políticas del gobierno nacional, dio pie a la migración profesional y mixta de mujeres a otros países. Este conjunto de oportunidades y dificultades para entrar al mercado laboral de los países de

acogida, hizo de la migración profesional un verdadero reto y, en algunos casos, la única posibilidad de sobrevivencia.

En este contexto se enmarca mi migración, en un momento de aumento del capital económico y cultural de las mujeres en Venezuela. Debido a mi pronta inserción al mercado laboral profesional y a la capacidad de ahorro individual, estos factores aunados con el hecho de completar mis estudios de sociología en la Universidad Central de Venezuela, me convirtieron en candidata para la migración extranjera. El impulso dado a la profesionalización de mujeres y la creciente competencia laboral, fueron detonantes para iniciar mi proceso de exploración de programas académicos. A esto se sumaron factores internos como la necesidad de expansión o de aprender nuevas culturas que fueron catalizadores de una exploración existencial que tendría que realizar en otro lugar desconocido para mí. Este proceso marcó la desidentificación con las nociones preestablecidas de mí misma, para adentrarme en un reconocimiento identitario complejo, pero aleccionador producto de la migración.

Capítulo 2. La autoetnografía como construcción epistemológica del sujeto

La autoetnografía es un proceso reflexivo-teórico que aporta elementos para la discusión de la realidad social. El sujeto autoetnográfico presta su vida para analizar aspectos claves como la identidad; el sujeto migrante se construye y deconstruye a partir del movimiento y las motivaciones, por lo que su identidad no se cierra, ni se define *per se*, sino que se teje con la vivencia migrante y esa es la primera clave conceptual a descifrar.

La autoetnografía tiene un papel muy importante en la perspectiva de género en los estudios de migración. El género ha permitido describir no solo las relaciones de poder, sino cómo se organiza la migración de acuerdo con los roles y estereotipos, describiendo las motivaciones más autónomas que las mujeres pueden asumir a través de sus migraciones, por ejemplo, huir de contextos violentos, autonomía económica, enamorarse, perseguir algún sueño personal, entre otros. El género y la autoetnografía permiten hilar estas historias, encontrar puntos y dolores comunes que sirven como base teórica para analizar la migración. Lo anterior, constituye la segunda clave a abordar.

La tercera clave está configurada a partir del abordaje de la migración profesional; en mi caso, la relación entre trabajo y migración ha sido fundamental. El análisis de este tipo de migración permite ver los datos por variable género del ingreso al mercado laboral, como el tipo de trabajos a los que las mujeres pueden acceder y su papel en relación con sus sociedades de origen.

Finalmente, resulta importante hilar la relación entre el concepto de trayectoria e interseccionalidad, el primero como recorrido espacio-temporal asumido entre la sociedad de origen y la de destino(s) que describen lo que las personas hacen, son y dejan de ser; y, el segundo, como cruce de realidades de género, raza y clase que pueden afectar esas trayectorias, esta será la cuarta clave a desarrollar.

2.1. Primera clave: el asunto de la identidad en la migración

La identidad es una tarea que atañe a las ciencias sociales. En los estudios de migraciones se entiende la identidad como un proceso complejo mediante el cual el individuo se interroga por su estado del ser entre el lugar de partida y el de destino, o los múltiples destinos que habita.

La identidad, por su parte, puede verse como una construcción en permanente revisión, tal como plantea el autor Stuart Hall (2003, 17) la identidad “no es única, ni unificada, es fragmentada, es construida de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones

diferentes, a menudo cruzados y antagónicos”. De tal manera que la identidad puede entenderse como un proceso de intercambio entre el campo experiencial exterior e interior de un sujeto, mediante el cual se puede acceder a fenómenos como el de la migración.

Sobre la identidad, la autora Joan Scott (2006) plantea que el sujeto construye sus subjetividades a partir de las experiencias en reacción a los eventos externos, que no son un punto de partida homogéneo desde el cual se presenta ante el mundo (como las identidades de género). Esa experiencia responde a la interacción permanente que implica la posibilidad de ser, incluso si alude a su reinención, como en el caso de la migración; sin embargo, este no es un fenómeno absoluto que determina la identidad de una persona, pero sí aporta experiencias que influyen en la transformación de su subjetividad.

Mediante mi autoetnografía no pretendo hablar de una identidad migrante constituida, sino la manera cómo este hecho transformó mi relación con Ecuador y Venezuela para desterritorializar mi propia idea de identidad nacional, fronteras, etc. Tal como explica la autora Miriam Reyes Tovar:

(...) la migración no sólo da un desplazamiento de habitantes, bienes reales y simbólicos, o crea transformaciones (individuales, colectivas y territoriales), sino que, a su vez produce una constante desterritorialización y reterritorialización de percepciones, sentimientos y memorias, sobrepasando las fronteras físicas del Estado-Nación” (Reyes Tovar 2011, 1).

El territorio, de acuerdo con Félix Guattari (1989), es un espacio vivido, un sistema de representaciones en el cual el sujeto se siente “encerrado” en sí mismo. Es decir, el territorio como identidad es autorreferencial, pero hechos como la migración “desordenan” esa identidad vaciando de contenido lo que antes era un principio dado como la nación, las fronteras o el estado, pasa a desarmarse y volverse a armar a través de un proceso de desterritorialización y reterritorialización, ampliando o cambiando esos rasgos identitarios no solo en relación con un contexto, sino a sí mismo (Reyes Tovar 2011, 8).

En este sentido, mi propuesta de autobiografía busca justamente entender cómo las motivaciones plantearon un vaciamiento de la identidad hasta ese momento construida para dar paso a una nueva forma de subjetividad atravesada por la migración, pero no delimitada por ello, porque tampoco existe un modelo ideal de migración, sino múltiples experiencias que pueden ser compartidas o no.

Uno de los aspectos más importantes en cuanto a la desterritorialización es el símbolo de la frontera y, en mi caso, la asumo no sólo como espacio físico preexistente sino como un

espacio simbólico que interpela la migración y la hace aún más compleja para quienes migramos. De vuelta a mi experiencia migratoria en clave autobiográfica, me identifico con las palabras de Gloria Anzaldúa sobre el símbolo de la frontera cuando afirma: “tuve que abandonar el hogar para poder encontrarme a mí misma, encontrar mi propia naturaleza intrínseca, enterrada bajo la personalidad que me había sido impuesta”(Anzaldúa 2004, 72). Esto me lleva a identificar la autoetnografía como una forma de narración de mi migración de forma compleja y auténtica y emprender el camino de observarme para encontrarme después de desordenar los recuerdos que motivaron mi migración.

2.2. Segunda clave: autoetnografía y género

De acuerdo a la autora Mariza Peirano, la autoetnografía no se trata simplemente de una herramienta metodológica cualitativa, sino de una construcción teórica en sí misma:

La etnografía no se trata de un “detalle metodológico” que anteceda a una teoría; la indagación etnográfica en sí *ya tiene un carácter teórico*, porque solamente (o principalmente) ella nos permite cuestionarnos sobre los presupuestos entonces vigentes por las nuevas asociaciones o nuevas preguntas que nos proporciona” (Peirano 2021, 38).

Peirano sostiene que la etnografía permite el debate y la comparación entre la información obtenida sobre una misma experiencia o experiencias similares habilitando la posibilidad de encuentros y construcción de conocimiento sobre la realidad. En este sentido más antropológico, la realidad no está dada, sino que se construye entre la vivencia y el lenguaje. Para la autora, el lenguaje es fundamental para entender la construcción narrativa, pero no exclusivamente también los “eventos, acontecimientos, palabras, textos, aromas, sabores, todo lo que afecta nuestros sentidos- es el material que analizamos y que, para nosotros, no son solamente datos recolectados, sino cuestionamientos, fuentes de renovación” (Peirano 2021, 34). Es decir, el material del que se compone una vida puede ser altamente sensible para abordar hechos que revelen solo la historia subjetiva sino una historia colectiva a través de la etnografía.

Considero que en el caso de mi autoetnografía migrante, al jugar con mis recuerdos puedo descifrar los cambios no solo de contextos sino subjetivos que he experimentado individualmente y que son también parte de una experiencia colectiva sobre la migración venezolana a Ecuador. Tal como indica Peirano (2004, 337), la etnografía es un ejercicio de “extrañamiento existencial teórico que pasa por vivencias múltiples y por el presupuesto de la universalidad de la experiencia humana”. Ese extrañamiento existencial aporta a la

autoetnografía los elementos para su autenticidad porque revela un lugar de autodescubrimiento (caótico, quizá) más que un encuadre teórico desde el cual la investigadora intenta describir la realidad.

Por su parte, Amarela Varela Huerta afirma que:

Para nosotras, las voces de los propios migrantes deben ser consideradas no “relatos etnográficos”, sino epistemologías producidas desde la experiencia de habitar cuerpos racializados y como discursos con “voluntad de verdad” (Foucault 2005), en donde la experiencia exílica, además de dolor, produce agencia, rupturas de genealogías de violencias, nuevas subjetividades, “conciencia de sí” de sujetos permanentemente victimizados (Varela, 2020), que además de dolientes son productores de sentidos (Varela 2021, 271).

Otra perspectiva sobre la etnografía parte del mismo principio sobre su valor de conocimiento en la construcción teórica sobre las subjetividades migrantes, en la forma en que los sujetos encuentran, a través de sus experiencias emocionales, un canal de comunicación sobre su existencia. Reivindico de esta postura el propósito de revelar el ámbito emocional de la vida en la migración, para entender la dureza y la posibilidad de la agencia de los sujetos en la construcción de su propia vida. En este marco, se comprende la importancia que la etnografía ha jugado en el caso de las historias de vida de mujeres migrantes y cómo la perspectiva de género permite profundizar en las motivaciones de este grupo social.

En los últimos años, el género ha logrado ocupar un papel importante en los estudios de migraciones para evidenciar que las consecuencias sociales y económicas de la migración actúan de manera diferenciada en mujeres y hombres. El género, de acuerdo con Hondagneu Sotelo (2007, 437) “atraviesa las distintas prácticas, identidades e instituciones que intervienen en el proceso de migración.” Esto es una apuesta por entender las múltiples dinámicas relacionadas a los roles socialmente asignados masculinos y femeninos que se vinculan a las trayectorias de los y las migrantes, pero también al papel económico del género dentro de la migración promovida por fenómenos como la globalización.

En un sentido histórico, los estudios de migración buscaban explicar a través del género la reagrupación familiar, en la actualidad se incluyen perspectivas más autónomas (Arellano, Torres González y Oliveira Pereira 2018, 365) sobre la migración femenina y sus motivaciones como la búsqueda de la independencia económica, mejores oportunidades laborales, relaciones afectivas, entre otras. Por ello, escribir mi propia historia resulta

importante para nombrar los elementos de género que se jugaron en mi experiencia como migrante.

2.3. Tercera clave: La migración profesional en mi narración autobiográfica

A partir de mi experiencia como migrante venezolana en Ecuador, busco descifrar las motivaciones posibles para nombrar mi migración, entre esas, considero que mi experiencia laboral ha sido clave para entender muchos aspectos de mi vida, por ello, identifico la migración profesional como una clave para mi propia narración.

La migración profesional es una de las líneas de investigación dentro de los estudios de migración que apunta a describir alguna de las motivaciones principales de la migración por género. Para Soledad Coloma (2012) la migración profesional de mujeres puede deberse a la inclusión en el sistema educativo, pero no es la única motivación.

Para Soledad Coloma e Ivonne Riaño (2007) existen algunas coincidencias para el análisis de la migración profesional de mujeres. En primer lugar, los estudios de migración han puesto más énfasis en la migración profesional masculina que femenina planteando una desigualdad de género. Los hombres son presentados en roles más activos económicamente frente a las mujeres. Aun cuando hombre y mujeres estén en igualdad de condiciones, las labores de cuidados continúan siendo la principal actividad atribuida a las mujeres, aunque no sea exclusivamente la única. En segundo lugar, en el análisis de los mercados laborales, tanto en los países de origen como de destino, no se considera el género como categoría para estudiar el tipo de actividad laboral a la que acceden hombres y mujeres y en qué proporción las políticas públicas impulsan o restringen esta distribución. En tercer lugar, no se observa el despliegue de carreras profesionales en las cuales las y los migrantes pueden conseguir insertarse al mundo, se enfoca, principalmente, en las áreas de ciencia y tecnología (Riaño 2007, 165-166).

Desde la perspectiva de Coloma:

Las diferencias de género pueden influir en la elección académica de la carrera a estudiar y, aunque no es delimitante el tipo de carrera habla de un enfoque más humanista o las ciencias sociales, con la posibilidad de ser incorporada al mercado laboral o acudir a otras fuentes de ingreso. Otro aspecto es cómo afecta su partida a las sociedades de origen (ir o volver) y, por último, la posibilidad de ingresar en los mercados laborales en los países de destino (Coloma 2012, 6).

Al considerar estos puntos resulta interesante observar, en mi experiencia sobre el ámbito laboral, cuáles he podido vivenciar a lo largo de mi migración y cuáles no como una experiencia importante en mi historia personal. Finalmente, mi propuesta de autoetnografía plantea también un posicionamiento político sobre la migración, para salir de los lugares institucionalizados que buscan encausar la experiencia migrante como una experiencia mayormente de victimización, recuperando el poder de la agencia a través del ejercicio empoderante de la narrativa.

2.4. Cuarta clave: Trayectoria migratoria e interseccionalidad

Para el desarrollo de este trabajo abordo las categorías usadas por Yolanda Alfaro (2021, 20) sobre trayectoria migratoria e interseccionalidad. La autora entiende por trayectoria migratoria el análisis de las categorías sociales que cruzan la vida de una persona: género, edad, lugar de procedencia, profesión, y se mezclan con el espacio social que ocupa tanto en la sociedad de destino (o destinos) como el origen. Por esto, se entiende que la trayectoria migrante traza la forma como una persona vive la migración y sus múltiples recalibraciones a lo largo del proyecto migratorio. Por otra parte, Alfaro toma el enfoque de interseccionalidad para analizar las categorías de género, edad, nacionalidad y pertenencia de clase en el abordaje de las trayectorias académicas, laborales y migratorias de las mujeres participantes, tanto en su lugar de origen como de destino (2021, 20).

Para profundizar en el abordaje histórico de la interseccionalidad retomo los planteamientos de Saskia Sassen (2003) y Jelin Elizabeth (2014) sobre cómo la dinámica de la globalización neoliberal “ha puesto el énfasis en las capacidades individuales, el esfuerzo y el logro personal como motores del bienestar –aludiendo tangencialmente a las desigualdades sociales” (Elizabeth 2014, 12) aunado al aumento de la participación de las mujeres en los circuitos económicos internacionales, así como el retroceso en derechos a través del desempleo y falta de oportunidades en los países de origen (Sassen 2003, 43).

A través de este recorrido conceptual organicé los puntos a través de los cuales mi identidad reta a la migración y viceversa, como procesos inacabados que se hilan en mi vida. La autoetnografía es un conocimiento acuciante que revela el entrecruzamiento con otras múltiples historias individuales, para descifrar los lugares comunes y únicos donde hemos inscrito nuestras subjetividades como migrantes desterritorializadas y vueltas a territorializar en otros sentidos, lugares y vivencias.

Capítulo 3. Hilando los elementos de la autoetnografía migrante

La migración es una experiencia que remueve muchas fibras internas en los individuos, nos escruta sobre nuestra propia existencia cuando la identidad que nos aglutinaba (la nación) se cristaliza, y plantea preguntas profundas como ¿Dónde queda nuestra propia voz? ¿Cuándo podemos contar nuestra historia sin intermediarios?

Un intento de respuesta se construye a través de la narración de la propia vida migrante. Narrar la vida como migrante puede ser un camino desafiante en el cual no necesariamente hay un punto de salida ni un punto de llegada, donde difícilmente existen linealidades y cronologías, porque la vida migrante, al igual que cualquier otra, está marcada por experiencias, emociones y transformaciones que complejizan aún más la narración. Narrar es importante porque a través del lenguaje las personas construyen su identidad, su historia y los diferentes ámbitos existenciales que son representativos de la vida del sujeto.

La narración de la propia vida es lo que da paso a la autoetnografía, esta se entiende como “un género autobiográfico de narración e investigación que despliega múltiples niveles de consciencia de sí mismo en relación a la cultura” (Ellis y Bochner 2005, 739). En otras palabras, la autoetnografía es el camino para narrar la vida dentro de una historia colectiva, reconociendo su unicidad y, al mismo tiempo, los elementos comunes con su entorno. Así, la autoetnografía recoge todas las emociones, sensaciones físicas y pensamientos con la que experimentamos los hechos de la vida, porque toda experiencia tiene un resonar adentro de una persona y esa resonancia se conoce a través de las palabras organizadas en recuerdos o memorias.

Por esta razón decidí el camino de la autoetnografía como una herramienta que permite hilar las vidas individuales y los procesos históricos en las transformaciones de la realidad social. Me centro en la narración de mis propios recuerdos para comprender la relación entre las motivaciones que impulsaron mi migración y mi subjetividad en un ejercicio reflexivo sobre mi identidad, a partir de la grabación de mis recuerdos y su transcripción. Es una manera de adentrarme en mi propia historia, partiendo de pocas reglas para conseguir las conexiones y sentidos propios.

Yo soy la única persona involucrada en el proceso de investigación, mi nombre es María Emilia Durán García, soy migrante venezolana, radicada en Ecuador hace 12 años. Tengo 39 años, soltera, sin hijos, soy socióloga y Maestra en Estudios de Género (FLACSO Ecuador). Tengo más de 10 años trabajando en distintas áreas relacionadas a los derechos humanos,

género, interculturalidad y migración. Soy una mujer afrocaribeña, artista, no porque viva de ello, sino porque es mi lenguaje favorito.

Alguna vez dije que quería vivir entre volcanes, así que vivo en Quito, amo la naturaleza y he aprendido a tenerle cariño a las montañas, pero soy una sirena de mar.

3.1. Técnica de investigación

La propuesta metodológica consiste en grabar recuerdos relativos a mi salida de Venezuela, mi llegada a Ecuador y mi decisión de quedarme en este país. La elección de los recuerdos se debe a la resonancia que han tenido en mi historia de migración y la manera cómo se viven nuevamente desde mi actualidad, creando una suerte de historia a la inversa a partir de los sentimientos y pensamientos que evocan. Cada recuerdo permite visibilizar una trayectoria personal, un lugar en el mundo creado por mí a partir de la forma como la identidad y la narración de los hechos se cruzan en la migración. El principal reto es mi propia memoria y los juicios que me autoimpongo, depurar los recuerdos de este defecto conlleva un profundo acto de honestidad que remueve emociones mientras libera aquello que debe ser recordado.

Esta técnica es una forma de escritura que busca poner en palabras el mundo interior. Es una manera de adentrarme en mi propia historia, partiendo de vivencias para conseguir las conexiones y sentidos propios. Todo el material producido es cotejado posteriormente para su evaluación científica.

3.2. Enfoque de análisis y presentación de recuerdos

La autoetnografía migrante es el momento, en palabras de Trilce Rangel, de “Ponernos bajo nuestra propia “lupa” y escudriñar qué sentimos, qué pensamos, los motivos de nuestro proceder, los imaginarios con los que operamos nuestra realidad y cómo nos constituimos como sujetos sociales que interactúan con otros en diversidad de espacios”(Rangel Lara 2023, 111). La autoetnografía migrante es un hacer epistemológico, una posibilidad de construir conocimiento desde la propia subjetividad validando y valorando la experiencia humana. Presento, en cada uno de los siguientes apartados, los momentos de mi experiencia migrante que han configurado los hilos de mi narrativa.

3.3.1. La partida

A finales de 2011 e inicios de 2012 el Estado venezolano era el principal empleador del país, pero la posibilidad de acceder a viviendas (propias o en alquiler) estaba en manos del sector privado y propietarios particulares. Esta situación resultaba en que una parte de la población

era discriminada socialmente por trabajar en el sector público del Estado venezolano y carecía de oportunidades para acceder a una vivienda. Esta situación complejizaba el acceso a derechos, en un momento en el que la oposición acusaba al gobierno de violentarlos, pero al mismo tiempo, era el sector privado o propietarios particulares quienes elegían la suerte de las personas sin viviendas en Caracas. Como joven profesional la falta de un espacio donde vivir representaba un desafío importante y, la posibilidad de estudiar afuera del país, era no solo un motivo de expansión de conocimiento sino la posibilidad de resolver el asunto habitacional al menos por un tiempo:

En el 2012, en Caracas me quedé sin lugar donde vivir, no les alquilaban a personas que trabajaban para el sector público porque decían que eran “chavistas rojos” e iban a expropiar las propiedades alquiladas. Además, con mirelación de ese momento no pensábamos construir un proyecto de vida juntos, cada uno tenía sus propios intereses y responsabilidades, así que un apartamento para los dos no era opción. Estaba cansada de buscar un sitio para vivir y también me asfixiaba la toxicidad de los espacios en los que militaba, como en una oportunidad en la que organizamos una fiesta para reunir dinero en apoyo al viaje de unos amigos y amigas que se iban a un encuentro social mundial en África y tres de mis camaradas hombres intentaban seducirme a ver con cuál me iría esa noche, pero increíblemente, los tres se apasionaron más discutiendo para saber quién era más marxista y yo pasé a un segundo plano, a ser un objeto decorativo frente a ellos.

Frente a esos escenarios agotadores, decidí buscar opciones para estudiar afuera. Yo en ese momento tenía suficientes ahorros porque ya trabajaba hace algunos años, era independiente económicamente, vivía sola por un buen rato y no tenía ninguna carga familiar, así que no vi problemas. Igual sería por poco tiempo, un par de años y ya. Empecé a buscar programas de maestría en estudios de género o estudios feministas porque pensé que era el área en el que yo podía aportar más cuando volviera a Venezuela.

Vi opciones en México, Argentina y Ecuador, pero en ese momento la mejor de todas fue Ecuador por su economía y los requisitos relativamente sencillos, así que decidí postular a ver qué pasaba. Un día recibí el correo de aceptación del programa de maestría de estudios de género y desarrollo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Ecuador), me ofrecían una beca de manutención durante mi estadía en Quito, podría estudiar y conocer el país mientras recibía un ingreso, todo estaba resuelto. Yo que por mucho tiempo me había sentido insuficiente para la academia, me habían aprobado en un programa de cuarto nivel, eso me hizo sentir muy orgullosa de mí misma.

Además, el tema de mi vivienda se resolvería de una forma práctica, tendría donde vivir, pero en otro país (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

La angustia material y vocacional pudieron mezclarse en ese momento de mi vida, al no contar con vivienda en mi propia ciudad, busqué opciones habitacionales que se cruzaron con la posibilidad de viajar, de tomarme un *break* y aprender o estudiar algo nuevo. Desde el punto de vista profesional representaba un reto alejarme del mercado laboral en el que estaba inserta por arriesgarme a probar suerte en otro lugar, sin embargo, parecía no tener opción. A veces he tomado las decisiones más audaces, gracias a los “giros de la vida” o situaciones en las que no hay aparentemente otras salidas. Esto resulta interesante en cuanto a la migración, pues en mi vida no estaba presente migrar, no era algo planteado en mi horizonte, diferente a la idea de conformar un proyecto de familia, comprar una vivienda en Caracas y hacer mi vida en esa ciudad, pero el hecho de no tener hijos y contar con los recursos económicos suficientes para un viaje por estudios a un país desconocido, hizo que el giro de mi vida fuese otro completamente diferente, anticipándome a cambios que marcarían el resto de los 12 años que he vivido fuera de Venezuela.

En otro punto, las relaciones sociales y políticas complejas pueden ser una de las razones por las que las personas buscan migrar. En mi caso, la sensación de no sentirme parte de algo o sentir que tenía que ceder mucho para encajar hacía difícil mi socialización, por eso la idea de salir de un mundo relacional configurado por prácticas machistas y sexistas ocultas tras cierto liberalismo progresista, representaba mi momento de liberación. Sin embargo, la elección inconsciente de trasladarme a Ecuador no habilitó en principio la posibilidad de vivir relaciones más libres puesto que este país también tiene una impronta machista muy importante a nivel social y cultural. Mi elección se volvió un desafío personal en la vivencia de mi identidad, por una parte, reflejaba las múltiples intersecciones de discriminación como mi nacionalidad, raza, género y, por otra parte, me condujo a construir un mundo relacional capaz de cuestionar las bases de la violencia simbólica sexista de ambos países al “juntarme” con activistas LGBTI, antirracistas, migrantes, trabajadores, entre otros.

3.3.2. Vivir entre volcanes y la insoportabilidad del frío

La búsqueda por vivir en un sitio con volcanes viene de un lugar de genuina curiosidad por conocer más allá de lo existente en Venezuela. Frente a la pregunta de cómo imaginar algo que nunca había visto, el recurso de la mente juega un rol, al proyectar en mis deseos de viaje,

la posibilidad de ampliar también mi propia noción espacial y reconocimiento de la diversidad geográfica:

Nunca había visto un volcán porque en Venezuela no hay volcanes. Tenía un amigo salvadoreño que me contaba de los volcanes que había en Centroamérica y me parecía muy fascinante. Desde ese momento se metió en mi cabeza que quería vivir en una ciudad rodeada de volcanes, sin mucha idea de lo que eso significaba. Recuerdo la primera vez que llegué a Quito, era de noche y soloveía luces, no entendía la geografía de Quito, ni de Ecuador, tenía nociones muy básicas de este país, no lo veía como destino, en realidad, en ese momento mi destino era cualquier país que me ofreciera una beca para seguir estudiando y salir de Venezuela, pero cuando vi las lucecitas desde el avión no entendí muy bien adonde estaba llegando.

Al amanecer me asomé al balcón, había un cielo totalmente despejado y un sol radiante, vi a lo lejos pero relativamente cerca, montañas nevadas de un lado y del otro, la dueña de casa me dijo que eran volcanes, me sorprendí y pensé “bueno ahora sí voy a vivir en una ciudad rodeada de volcanes como quería” y me reí sola. Después vinieron los meses de lluvia y eso me desencajó, los días grises me abrumaron, me entristecieron por completo, no entendía cómo este sitio podía ser tan frío, mis vestidos de flores cambiaron por pantalones, botas y bufandas, mi sexy actitud caribeña estaba completamente apagada y, sobre todo, la distancia física con el mar me hacía sentir miserable.

Las montañas me asfixiaban, me sentía encerrada y claustrofóbica, hasta que un día decidí darle una oportunidad a la lluvia, al frío y a las nubes grises, para entender mejor porqué las y los quiteños admiraban tanto este clima propio de las fantasías glaciares. Me dediqué una tarde a contemplar cómo la lluvia caía sobre los árboles del Parque Metropolitano, el sonido de las gotas, el olor de la tierra mojada, la neblina bailando en el atardecer, fue en ese momento de contemplación que entendí el gusto quiteño por la melancolía y el frío, ese entendimiento fue un acto de aceptación profunda conmigo y con esta ciudad porque cuando digo que comprendí, no significa que dejé de anhelar lo otro: el mar, el calor, el sol, sino que pude entender cómo otras personas se identifican con otros paisajes y otros clima y así pude aceptar que viviría en el frío aunque me costara mucho (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

Una identidad geográfica sin duda se transformó en mí, se desterritorializó, yo que soy del Caribe, con un lazo profundo con el mar, acepté una ruptura con esa referencia geográfica y esto es propio del acto de migrar: “aceptar lo otro”, lo nuevo dentro de sí mismo, es un acto de dar espacio a nuevas sensaciones y escoger cómo vivirlas. Aun cuando no me identifico

totalmente con el frío, lo acepto, así como vivir en un sitio montañoso y volcánico, protegerme de la lluvia o llevar mucha ropa encima, todos estos cambios que vienen con la migración, me han hecho entender las diferentes relaciones entre geografía e identidad, para aceptarla en mí y en los demás.

3.3.3. Acoso taxista

No recuerdo que día era, pero una tarde iba en un taxi, cerca de FLACSO, el taxista me preguntó de donde era, le dije que era de Venezuela. Él me dijo que no parecía de allá, que no me parecía a las mujeres de las novelas o a las misses venezolanas, que le recordaba a las mujeres de Esmeraldas o colombianas, porque eran “buenas negronas” y “eran buenas para los riñones”, después me dijo que si quería él me podía enseñar la ciudad, me miró todo el cuerpo a través del espejo retrovisor y salí corriendo del carro. Aunque no era la primera vez que vivía acoso en un transporte público, pues en Caracas había tenido algunas experiencias similares, el miedo que viví en ese momento era por saberme sola, en una ciudad desconocida para quién yo también era ajena, y en ese momento me sentí desamparada (Escrito de María Emilia Durán García, Quito, 2024).

Dejar de pertenecer geográficamente a un lugar es una experiencia no solo física sino simbólica, como cuando el taxista me interpela sobre mi nacionalidad y me trata como esmeraldeña o colombiana. Particularmente no lo veo como una pérdida, por el contrario, es una suma porque mi identidad ya no está circunscrita, sino que se despliega a partir de mi color de piel, no soy solo de un país, sino de muchos lugares donde históricamente la racialización ha jugado un papel en los cuerpos de las mujeres y es evidente cuando sexualizó su mirada sobre mi cuerpo, cuestión además que no me resultó ajena pues en Caracas viví episodios similares siendo una ciudad con mayor concentración de población afro, aunque contradictorio, considero que es un elemento poderoso en mi subjetividad: pertenezco a un grupo de mujeres racializadas que comparten una historia común.

La interseccionalidad de género, clase y raza se elaboraron nuevamente en mí a partir de la migración pues mi origen nacional destapa estereotipos relacionados con el Caribe y la sexualidad de las mujeres migrantes. La forma en la que el taxista decidió unilateralmente el grupo al que pertenecía como mujer por mi color de piel, inmediatamente me dio un lugar y un estatus en un imaginario colonial y racista, similares a las prácticas raciales vividas en Venezuela que ordenan a su población de acuerdo al color de piel, clase social, etc., por ejemplo, yo pertenezco al imaginario de la mulata, o la mezcla de razas negra y blanca que,

tanto en Venezuela como en Ecuador, son las mezclas culturales a partir de la cual se constituyó la idea del mestizaje

como una narrativa oficial sobre las naciones y los estados. La migración confirma de alguna forma mi otredad con respecto a la nación mestiza, mi lugar está diferenciado históricamente por la explotación sexual de las mujeres negras o mulatas compartido entre ambos países.

En el caso de Ecuador, no “parezco” quiteña sino costeña, ese lugar geográfico otorga ciertos valores sexuales claramente dados por ambas características (color de piel y ubicación geográfica). Acá hay una construcción espacial de la identidad, aunque en Caracas soy de la capital, acá parezco de la costa, particularmente, de una de las poblaciones más marginadas por el estado: la población afroecuatoriana.

Ese lugar otorgado me ubica como parte de una población migrante interna desplazada por la violencia, la precarización y la falta de oportunidades, es decir, mi interconexión con la historia colectiva de esta población es significativa porque confronta diferentes ámbitos de la migración: la elección, como fue mi caso, o la sobrevivencia como el caso de muchas mujeres afroecuatorianas. Así el hecho de ser una “mulata” me permitió conectarme con otras mujeres con las que no compartía una nacionalidad, sino una identidad entorno a la hipersexualización colonial de los cuerpos afros o mulatos y de la “pobreza” como migrante o como costeña. En cualquier caso, este imaginario me habilita para adentrarme en una red de afectos, pues mi realidad dista de estas mujeres. Yo llegué a Ecuador siendo profesional y obtuve un nuevo título universitario que la mayoría de mujeres afros no han podido lograr dadas las brechas de acceso a la educación y la independencia económica, por eso los lazos los afianzo desde la solidaridad y apoyo mutuo.

3.3.4. Vivo en la mitad de mi mundo

Un hallazgo proviene de la relación entre mi mundo emocional y la geografía. El reconocimiento espacio temporal dentro de los recuerdos es importante para atender a las emociones que se juegan a cada instante en la narración, nuevamente la dinámica de desterritorialización toma lugar:

Recuerdo que estaba en la parada de bus de la Casa de la Cultura con una amiga venezolana que había llegado a Ecuador un año antes que yo. Hablábamos sobre cómo es vivir en Quito. Ella me dijo algo que se me quedó en la cabeza hasta ahora. Me dijo que las personas que llegamos a vivir a la mitad del mundo, refiriéndose a Quito, no llegan por casualidad, que esta ubicación geográfica, que este pedazo de tierra era tan mágico que te movía tu propio

centro y que eso es migrar: ir a la mitad del propio mundo (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

La referencia a ir a la mitad del propio mundo es una disposición de mi ser, de recibir la experiencia de migrar como un camino hacia el interior, camino profundo y complejo para el cual no tuve una preparación previa, solo motivaciones por decir “incómodas”, pero que allanaron ese andar. La experiencia migratoria transforma todo, pero no sólo por ser extranjera, sino porque constantemente migro de emociones, de sensaciones, de mis zonas de confort. En migración salgo de la comodidad de una identidad preestablecida como la nacionalidad, para negociar con otros aspectos externos: mi acento, mi tono de voz, mi manera de comunicarme, estas experiencias llevan a crear nuevas formas de comunicar o sucumbir a la tristeza y el ostracismo. Considero que el mayor aprendizaje de la migración es descubrir la capacidad de adaptabilidad que cada uno y una tiene frente a la novedad, hay cosas fáciles y otras más complejas, pero sin duda es la adaptabilidad lo que puede facilitar el proceso de ser y estar en otros contextos.

3.3.5. Mi primer trabajo en Ecuador

Mi decisión laboral fue más resultado de la intuición que de una planificación estratégica. Mi motivación para quedarme en Ecuador, poco tenía que ver con una sobrevivencia económica, más era la curiosidad de conocer este país, de conocer faceta de mí misma como persona económicamente independiente lejos de Venezuela, aunque ya lo era, pues tenía muchos años trabajando y viviendo fuera de mi núcleo familiar:

Al terminar la maestría en FLACSO, se terminó mi visa estudiantil y mi relación de pareja en Caracas. Con ese panorama sentí que no tenía nada que perder y decidí armar el papeleo para solicitar mi cédula de residencia en Ecuador, con la seguridad que sería solo un año en Quito para explorar la ciudad. Empecé a hacer los trámites de legalización de mi residencia en 2014, en el momento exacto antes de que las políticas migratorias para migrantes venezolanos en Ecuador se volvieran más difíciles. Inicé solicitando la legalización de mi título ante la SENESCYT, el tiempo de espera fue de 45 días hábiles, mientras solicitaba otros documentos apostillados al Consulado venezolano en Quito. Ambos trámites llevaron aproximadamente un mes y medio obtenerse. Con el título registrado, fui al Ministerio de Relaciones Exteriores a solicitar la visa V9 o visa profesional que tenía la ventaja de ser por tiempo indefinido, es decir, no necesitaba ser renovada, al menos que me ausentara por algún tiempo del país, lo cual no estaba en mis planes, luego pude solicitar la cédula de identidad como residente. En total, fueron un par de meses, aun así, el proceso fue relativamente sencillo, pero me quedaba otro

asunto por resolver y era de qué iba a vivir en Quito. Empecé a buscar trabajo, leí una oferta del Ministerio de Salud Pública para trabajar como analista en la Dirección Nacional de Salud Intercultural, apliqué y fui aceptada para dar la entrevista.

Fueron interesantes esos días, yo estaba esperando que saliera mi cédula de residencia y fui a la entrevista de trabajo. Aún sin tener “papeles” para firmar un contrato laboral, hice la entrevista y me preguntaron si era seguro que tendría la cédula pronto, yo dije que sí y al día siguiente mi cédula salió ¡Fue un milagro migratorio! Me llamaron del Ministerio para decirme que había sido aceptada y que debía preparar toda la documentación para entrar.

Un 4 de noviembre de 2014 empecé a trabajar por primera vez fuera de Venezuela. Me sentía llena de orgullo al conseguir un trabajo formal. Aún no tenía un mes cuando me enviaron a mi primera misión en la comunidad indígena de la nacionalidad Awá en la población de San Antonio (provincia de Carchi), frontera entre Ecuador y Colombia. Sentí que aquello era un reto y al mismo tiempo una suerte de “bautizo” porque era joven y sola, sin cargafamiliar. Llegar a la comunidad fue un reto de siete horas entre pantanos y lluvia, finalmente llegué con el equipo de salud y pasamos una semana en la comunidad Awá. Me afectó mucho ver la situación de precariedad en la que vivían, pero que no borraba la conexión que tenían con su territorio, su identidad transfronteriza y sus ganas de vivir. Estas cosas me impresionaron porque efectivamente era una población que había vivido no solo el olvido del estado, sino la presión del conflicto armado colombiano, aun así, gozaban de una organización importante y eran muy solidarios entre los Awá de ambos lados de la frontera (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

Estar sola en un país diferente, me confrontaba a centrarme más en mí, a ser más organizada para poder sostenerme siempre, este acontecimiento tiene una lectura compleja, porque si bien es cierto que la migración me permitió la independencia económica, también me condujo a llevar todo el peso sobre mi espalda, o sea, no depender de nadie puede ser liberador o una terrible carga, o ambas cosas al mismotiempo.

Ser profesional y económicamente independiente afectó mi identidad, mis prioridades cambiaron y mi forma de relacionarme con el mundo también. No solo había entrado en el mercado laboral ecuatoriano, sino que mis redes empezaron a configurarse a través de mis colegas, amistades o espacios que frecuentaba en Quito. Al mismo tiempo nunca dejé de ser activista y de involucrarme con movimientos sociales, eso hizo que mi red de afectos comenzara a estabilizarse en Ecuador y ampliarse a medida que iban entrando nuevas personas en mi vida.

3.3.6. La crisis en Venezuela

Ser migrante se convirtió en una forma de apoyar a mi familia en Venezuela. También ser migrante era sacrificio, autoexigencia y soledad, en definitiva, la migración era una elección dura, ahora era trabajadora y generaba remesas. Aunque muchos discursos sobre la migración de mujeres intentan acudir a los logros de migrar, no deja de ser un peso. Incluso a nivel identitario asumir la migración otorga un lugar relacionado casi siempre con un potencial económico que invisibiliza al ser detrás de una remesa. En mi caso, la migración se volvió una forma en sí misma de darme sentido en este país o en relación con Venezuela:

Cuando empecé a trabajar en Ecuador aún no estallaba la crisis económica en mi país, por lo que la totalidad de mis ingresos eran para satisfacer mis necesidades en Quito como arriendo, servicios y ahorros con la intención de regresar a Venezuela prontamente o de continuar mis estudios doctorales en un tercer país. Al poco tiempo quedé atrapada en una suerte de fuego cruzado: la crisis económica empeoraba de manera acelerada y yo no tenía otra opción que esperarme por un tiempo hasta que todo se acomodara nuevamente. A partir de 2015 empecé a hacer los primeros envíos de dinero e insumos a casa. Al principio no había sitios de envío, pero tenía una amiga que viajaba constantemente entre Caracas y Quito por su trabajo, cada vez que ella venía yo enviaba cientos de dólares en medicamentos y alimentos no perecederos a mi familia, casi todos para mi mamá, mi papá y mis abuelos (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

Un aspecto complejo de la migración y los mercados laborales se relaciona con las condiciones de trabajo y el desconocimiento de los derechos como trabajadora. En mi caso, haber trabajado en diferentes espacios como el Estado, ONG, academia, etc., me brinda un panorama producto de la experiencia que me permite defenderme frente a tratos injustos o discriminatorios, pero este no es el caso de la mayoría de mujeres migrantes.

3.3.7. El inventario de las cosas de casa y el sentido de pertenencia

El poder de las cosas que se acumulan durante la migración es determinante al momento de pensarse en un lugar. Los objetos también aterrizan en el tiempo y el espacio al sujeto migrante:

En Quito he vivido en 7 casas y en ninguna de las 6 anteriores había comprado nada, ni siquiera vasos o cubiertos, todo lo que tenía era prestado o parte de la decoración que no me pertenecía. En cierta oportunidad, decidí que iba a renunciar a mi trabajo pues no soportaba continuar recibiendo órdenes en una institución con la que no comulgaba en su forma de tratar a las personas. Entonces tocó el momento de alquilar una casa sin amoblar, solo dos viejos y

feos closets decoraban mi nueva casa, yo no tenía ni siquiera donde dormir. Así que decidí proseguir con ese alquiler e inmediatamente compré cosas, las primeras que compré fueron dos copas de cristal, con la esperanza de que eso trajera buena suerte en el amor para mí y, aunque no ocurrió así inmediatamente, es la casa donde vivo desde entonces (Entrevista a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

Yo no tenía ni un mueble, ni cubiertos confrontándome a la sensación de pertenencia al lugar de acogida, siendo un momento crucial de la migración. En ese movimiento identitario que plantea la migración, la decisión de asumirlo es un proceso doloroso que encierra una crisis existencial: ya no somos de allá, tampoco de acá, nos lleva a un no lugar angustiante y, a la vez, liberador, porque la identidad ya no se constriñe a un lugar sino a la posibilidad de ser en múltiples lugares al mismo tiempo.

3.3.8. El amor a lo ecuatoriano

En condición de migración el amor puede significar un campo de decisiones importantes. Si ya pesa la expectativa de género sobre el amor romántico y el movimiento humano de formar una familia, en migración este sentimiento se agranda, por la sensación de vacío y de desterritorialización que atraviesa la existencia. El proyecto familiar o de pareja en migración con alguien del país de acogida, es una tarea cultural difícil que toca la identidad de género y puede perpetuar desigualdades si se juega como una forma de llenar el espacio de soledad íntima con alguien más, como fue en mi caso:

Mi segundo trabajo en Ecuador fue como directora de Promoción de la Salud e Igualdad del Ministerio de Salud Pública para el Distrito metropolitano de Quito, en él tenía muchas funciones como liderar equipos de trabajo, relacionarme con otras instancias municipales y estatales, ejecutar políticas públicas, entre otras. Era en el sentido estricto, una jefa, pero yo no me sentía como tal porque era la primera vez que ocupaba un cargo de esa magnitud, además de ser joven y extranjera, me sentía bastante sola en ese trabajo. Al tiempo de iniciar al frente de la Dirección, conocí a alguien y empezamos a salir. Era mi primer novio ecuatoriano, me encantaban sus ojos negros y su timidez, era lindo para mí la forma como se intimidaba con mi desparpajo, como se sonrojaba cada vez que le decía “mi amor”. En nuestro primer encuentro íntimo colgaba en su cuello un crucifijo que le regaló su abuela, para mí fue un poco raro, pero no quise mostrar problemas, con el tiempo supe que Dios y la figura materna lo eran todo para él, y yo estaba muy lejos de calzar en cualquiera de las dos. Ahora me da risa, pero en ese momento me sentí muy frustrada porque no entendía los vocabularios tan diferentes entre ambos, el suyo tan lleno de religión y el mío tan abierto (Grabación a María Emilia Durán García, Quito, 2024).

El tema de la pareja no es menor puesto que la necesidad de contar con un proyecto de vida parece estar fijado al hecho de que sea un proyecto compartido tanto al momento de decidir salir de Venezuela como en los años transcurridos en Ecuador. Al no lograr consolidarse hasta ahora ha brindado una oportunidad para perfilar mi propio proyecto de vida como profesional y al priorizar otros temas en mi vida como proyectos, viajes y las redes de amistades.

3.3.9. Del Caribe a los Andes en la cola de una ballena: reflexión preliminar

La ubicación temporal de los recuerdos es previa a mi migración y al inicio de esta. Aunque son recuerdos de hace más de una década el sentir es clave en ellos, en otras palabras, son las evocaciones sensibles más que los hechos los que han definido mis motivaciones iniciales como la sensación de limitación y discriminación, la sensación de vulnerabilidad o búsqueda de expansión académica y profesional. El tiempo de los recuerdos es un trazado de la memoria especular fuera del orden cronológico. La escritura autobiográfica no responde a patrones temporales lineales, sino a la forma como la memoria evoca, ordena o prioriza los recuerdos para hilar una historia. Tampoco la historia plantea un orden de inicio o de llegada, es una escritura que al

menos en un principio se atreve a ser, un ejercicio que expulsa recuerdos complejos que afectan mi interior y por ello requieren ser contados.

El orden de la narración se alimenta de las sensaciones frente a los eventos externos que marcaron mi vida antes y al inicio de la migración y, al mismo tiempo, observo cómo los eventos externos condicionan, transforman y revuelven mi mundo interior. En mi caso, por ejemplo, el activismo de izquierda, la academia y el trabajo parecen referenciar una parte de mi ser estructurado que facilitaron las interrogantes para decidir migrar siendo joven, económicamente independiente y con deseos de conocimiento, pues resultan de un momento histórico con una narrativa determinada sobre el activismo político, las expectativas de género y la hipersexualización racial más que de mis capacidades personales.

Finalmente, considero que le doy lugar a mi propia voz desafiando algunos preceptos sociales históricos como la identidad nacional o el proyecto de vida familiar vs. la vida profesional y económicamente independiente, para entender varios aspectos disruptivos y transformadores de la identidad. A través de la migración se me planteó una experiencia de vida transnacional en el que la racialización me abrió a la posibilidad de entender en clave política mi propia historia y una historia colectiva de mujeres y, además, entender que hay otras formas de encarar eso que llaman proyecto de vida más allá de la familia tradicional como a través del

ejercicio de mi propia independencia económica para decidir viajar y continuar estudiando como prioridad en mi vida personal y en mi migración.

Conclusiones

Narrar la vida es un desafío, una acción desde la que vuelvo constantemente a una parte del sí mismo, de mí misma. Esta fue la aventura de mi autobiografía migrante, mirar en diferentes momentos de mi vida a través de recuerdos y emociones, para ubicar los elementos asociados a mi identidad como resultado de la interseccionalidad de género, raza y clase y la migración profesional. El ejercicio de narración de mi historia evoca mi propio lugar en el mundo. A continuación, comparto algunas conclusiones de mi autoetnografía migrante.

Venezuela durante el siglo XX estuvo marcada por la explotación petrolera que permitió el impulso de la economía de sustitución de importaciones y la ampliación de derechos para la mayoría de la población. Más tarde los programas de ajuste estructural del BM y FMI (1989), afectaron la bonanza económica, el mercado de trabajo e incluso el tema migratorio a lo interno de la sociedad venezolana. Venezuela se convirtió en receptor de migrantes considerando la alta calidad de vida a la que se podía acceder, pese a los constantes vaivenes del capitalismo neoliberal, se mantuvo así hasta el inicio del gobierno de Hugo Chávez.

Al considerar los factores de crecimiento económico y social de la sociedad venezolana durante los siglos XX e inicios del XXI, como la ampliación de derechos y capacidad de consumo, se fomentó una migración interna y hacia el extranjero anclada a la expansión social y cultural de la población que la protagonizó. En otras palabras, las condiciones generales de los sectores profesionales en comparación con otros países de la región, habilitó la búsqueda de mejoras en sus condiciones de profesionalización a través de la migración para continuar estudios universitarios o ejercer propuestas laborales relacionadas a sus áreas de conocimiento. En este momento se enmarca mi propia migración.

Pese a la crisis mundial de 2008, Venezuela pudo mantener cierto rango de estabilidad a nivel salarial, esto permitió que mi capacidad de ahorro fuese constante y, al no tener carga familiar, pudiera planificar expandir mis horizontes a través de la continuación de mis estudios de cuarto nivel fuera del país. Pero no solo fue por la motivación económica, también la búsqueda existencial por conseguir un lugar en el mundo, por romper con ciertas prácticas relacionales aparentemente progresistas, pero en el fondo sexistas y racistas, cuestión que afectaba mis elecciones laborales, de activismo o relaciones personales.

La autoetnografía y el género

En un contexto de migración pueden influir muchas variantes y motivaciones externas e internas para provocar una salida. No todas las migraciones son solo por razones económicas, existen aspectos de la condición humana como la curiosidad, el hartazgo, el amor o la búsqueda de nuevos conocimientos que inspiran la movilidad. En particular, las condiciones de migración ancladas a mi calidad de profesional facilitaron la entrada al país de acogida: Ecuador. Las transformaciones vividas durante el tiempo de migración también son significativas en el ejercicio de múltiples roles que he jugado como migrante y que se relacionan a mi identidad.

La migración ha sido una de las experiencias más significativas de mi vida, a través de esta he armado y desarmado constantemente mi identidad que se encuentra de forma permanente en proceso de transformación. La migración no me ha definido por completo, pues el equipaje de la nacionalidad, el género, la clase y la raza permanecen, aunque efectivamente me ha desterritorializado, empujándome a lugares diferentes de enunciación imposibles de descifrar sino era por la migración.

En primer lugar, la nacionalidad como marca distintiva, me ubica en el lugar de la otredad; de la extranjera; de la diferente. Desde acá mi voz adquiere otro tono, puede ser cuestionada más fácilmente y tachada de “sospechosa”, aunque la migración venezolana contó con una política internacional basada en la victimización de esta población, la migración de sectores populares incrementó los niveles de xenofobia y aporofobia en Ecuador, constituyendo la imagen de una amenaza a la seguridad nacional. En mi caso, ocupar el lugar de otredad por mi nacionalidad me hizo sentir a veces en riesgo, cuestión que he intentado cambiar radicalmente a través de la solidaridad y el apoyo mutuo con otras personas migrantes o discriminadas por diferentes motivos.

En segundo lugar, al ser mujer migrante se activan ciertos estereotipos sobre sexualidad transaccional, especialmente, en el sur global. La idea que nuestra sexualidad es un factor de intercambio hace levantar la sospecha, los celos o la exclusión. Sobre todo, cuando mi género y mi identificación étnica racial se han mezclado para colocarme en un lugar de racialización como costeña y afro. No puedo saber si otras mujeres venezolanas consideradas mestizas o blancas han corrido la misma suerte de hipersexualización que yo, considero que esto podría ser un tema interesante a desarrollar en otra oportunidad, pero en mi experiencia migrante los estereotipos me han conducido contradictoriamente a fortalecer una identidad desde la otredad,

en otras palabras, siendo una sujeta de sospecha reafirmo que en la unidad con otras mujeres racializadas en y de Ecuador he podido conocerme mejor a mí misma.

La migración profesional en mi narración autobiográfica

Una identidad que ha estado muy presente en mi vida migrante es la de trabajadora profesional. He podido estar ligada a mi carrera desde el comienzo, gracias a los factores de la economía de Ecuador y mi propio capital educativo como egresada de FLACSO. Es innegable en este punto referir a la diferencia entre mi migración y la migración de otras mujeres venezolanas que, aun siendo profesionales, no se han podido insertar de la misma manera. Considero que los retos relacionados al ejercicio profesional en migración deben ser visibilizados, no solo por la competencia en el mercado que me ha colocado en las mismas condiciones que otros profesionales ecuatorianos, sino en las relaciones que guarda con el país de origen, en mi caso, ser profesional también me ha otorgado el papel de proveedora para mi núcleo familiar en Venezuela.

Ser proveedora es una identidad compartida con la mayoría de migrantes, que independientemente de su fuente de ingreso, por lo general actuamos en calidad de responsable de remesas para cubrir necesidades familiares. El ejercicio económico es determinante para nuestra sobrevivencia y la de otros que dependerían de nuestros ingresos. El asunto es estructural y complejo para la vida de los migrantes, en mi caso, ha supuesto una carga importante que afecta mi salud mental y los criterios con lo que defino mis prioridades materiales e inmateriales constantemente.

Hilar recuerdos o los retos de narrarse a sí misma

La autoetnografía ha sido un camino complejo, visitar recuerdos fue un proceso enternecedor y, al mismo tiempo, inquietante. Tal como volver a una vieja casa o a un viejo atuendo, sentarme en la soledad para verme en diferentes momentos de mi camino migrante, no ha sido tarea sencilla. No obstante, hay una cierta mirada compasiva que me ha abrazado en el proceso. Escribirme en clave autobiográfica me permitió darme un lugar a través de mi narrativa y mi historia. Una búsqueda existencial cargada de emociones que reflejan mi capacidad de creación.

La elección de los recuerdos analizados intentó recoger las motivaciones iniciales y alguna de las vivencias más sentidas de mi proceso migratorio, construyendo una trayectoria no necesariamente cronológica, pero sí de la forma cómo la migración fue impactando en mi vida

de manera progresiva. Los descubrimientos en mi personalidad, la sensación de desterritorialización, vuelta a armar, son procesos que se entrecruzan y se activan a cada instante; quizás en migración me he vivido más intensamente que en toda mi vida, pero no sólo mi migración en Ecuador, sino en otros países y ciudades que he vivido y que hoy me hacen ser quien soy.

La autoetnografía permitió constatar temas como género, clase y raza en su entrecruzamiento en mi vida. Ha sido de un camino de vuelta a mí misma, a aquello que aporta un elemento unificador y a la vez disruptivo en mi historia. Este retorno resulta interesante para registrar el impacto de los movimientos colectivos en mí y cuáles son movimientos propios de mi existencia. Abrazo el desnudarme a través de la narrativa, de mi voz como un acto de empoderamiento y de reclamo de un lugar para mi ser que, entre la macro narración de la victimización de la migración venezolana o del acecho, se alejan de mi historia personal.

Referencias

- Alfaro, Yolanda. 2021. “Una nunca vuelve al mismo lugar. El retorno en la trayectoria de vida de migrantes altamente cualificadas”. En *Los rostros de la migración cualificada. Estudios Interseccionales en América Latina*, coordinado por Claudia Pedone y Carmen Gómez Martín, 17-41. Buenos Aires: CLACSO.
- Anzaldúa, Gloria. 2004. “Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan”. En *Otras inapropiables: feminismos desde las fronteras*, 71-80. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Arellano Saavedra, Rodrigo, Teresa Torres González y Maira Oliveira Pereira 2018. “Experiencias femeninas de migración. Estudio de caso”. *Investigación Cualitativa en Educación* 1: 365-373.
- Borja, María Sol. 2019. “Violencia machista y xenofobia en Ecuador”. *The New York Times*, 26 de enero. <https://lc.cx/jtNgvQ>
- Célleri, Daniela. 2020. “Situación laboral y aporte económico de inmigrantes en el centro/sur de Quito-Ecuador”. Fundación Rosa Luxemburg. <https://lc.cx/ctXwfe>
- Coloma, Soledad. 2012. “La migración calificada en América Latina: similitudes y contrastes”. *Andina Migrante* 13: 1-14. <https://lc.cx/D1xOoR>
- De Haas, Hein. 2006. “Sistemas migratorios en el norte de África: evolución, transformaciones y vínculos con el desarrollo”. *Migración y Desarrollo* 4 (7): 63-92. <http://148.217.94.54/revista/rev7/4.pdf>
- Domenech, Eduardo. 2017. “Las políticas de migración en Sudamérica: elementos para el análisis crítico del control migratorio y fronterizo”. *Terceiro Milênio: Revista Crítica de Sociologia e Política* 8 (1): 19-48. <https://lc.cx/lradJa>
- Durán García, María Emilia. 2011. “Historia de Cira: vivencias de una madre-esposa. Una mirada al amor”. Tesis de grado, Universidad Central de Venezuela.
- Ellis, Carolyn, y Arthur P. Bochner. 2005. “Autoethnography, personal narrative, reflexivity”. En *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, editado por Norman Denzin e Yvonna Lincoln, 733-768. Londres: SAGE Publications.
- Fassin, Didier. 2016. *La razón humanitaria: una historia moral del tiempo presente*. Buenos Aires: Prometeo.
- Galeano, María Eumelia. 2003. *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Universidad EAFIT.
- García, Carmen Teresa, y Magdalena Valdivieso. “Las mujeres venezolanas y el proceso bolivariano. Avances y contradicciones”. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 15 (1): 133-153. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17721678007>
- Guattari, Félix. 1989. *Cartografías del deseo. Capitalismo, territorio y ecología*. Santiago de Chile: Pólvora Editorial.
- Guedez, Sharon. 2023. “La violencia y la trata de personas son los principales riesgos que viven las mujeres migrantes”. *El Informador*, 18 de mayo. <https://lc.cx/KT-2iv>
- Hall, Stuart, y Paul Du Gay. 2003. “Introducción: ¿quién necesita identidad?”. En *Cuestiones de identidad cultural*, compilado por Stuart Hall y Paul du Gay, 13-39. Buenos Aires: Amorrortu Editores. <https://lc.cx/synqZV>

- Hernández, Belén. 2021. “Sobrevivir sin papeles y en pandemia como refugiado venezolano en Ecuador”. *El País*, 22 de julio. <https://lc.cx/1CBfWM>
- Herrera, Gioconda. 2013. “*Lejos de tus pupilas*”. *Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en Ecuador*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Herrera, Gioconda, y Gabriela Cabeza Gálvez. 2019. “Ecuador: de la recepción a la disuasión. Políticas frente a la población venezolana y experiencia migratoria 2015-2018”. En *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica*, coordinado por Luciana Gandini, Fernando Lozano Ascencio y Victoria Prieto Rosas, 125-156. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. <https://lc.cx/8jeAFI>
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 2007. “La incorporación del género a la migración: no solo para feministas y no solo para la familia”. En *El país transnacional: migración mexicana y cambios a través de la frontera*, coordinado por Marina Ariza y Alejandro Portes, 423-451. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México. <https://lc.cx/7iOQ1h>
- INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos). 2023. “Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo (ENEMDU)”. <https://lc.cx/VqOq0b>
- Jelin, Elizabeth. 2014. “Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas”. *Revista Ensamblés* 1 (1): 11-36. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/4078>
- Lafuente, Marianela, y Carlos Genatios. 2021. *De fuga de cerebros a red de talentos. La diáspora venezolana: análisis y propuestas*. Caracas: Ediciones CITECI.
- Peirano, Mariza. 2004 “A favor de la etnografía”. En *La antropología brasileña contemporánea. Contribuciones para un diálogo latinoamericano*, editado por Alejandro Grimson, Gustavo Lins Ribeiro y Pablo Semán, 323-356. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- 2021. “Etnografía no es un método”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 44: 29-43. <https://lc.cx/vQLQ77>
- Rangel Lara, Trilce. 2023. “La autoetnografía en los estudios corporales. Reflexión metodológica desde los proyectos corporales”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 41 (15): 10-20. <https://lc.cx/WBf3Zw>
- Reyes Tovar, Miriam. 2011. “La desterritorialización como forma de abordar el concepto de frontera y la identidad en la migración”. *Revista Geográfica de América Central* 2: 1-13. <https://lc.cx/48MQm3>
- Riaño, Ivonne, y Nadia Baghdadi. 2007. “Understanding the Labour Market Participation of Skilled Immigrant Women in Switzerland: The Interplay of Class, Ethnicity, and Gender”. *Migration & Integration* 8: 163-183. <https://lc.cx/hfVUJr>
- Rivadeneira Suárez, Lucía Catalina. 2020. “Con las manos en la basura: las minadoras de Quito-Ecuador, vidas significativas entre la explotación y el desecho”. Tesis de doctorado, FLACSO Ecuador. <https://lc.cx/6oDp9Z>
- Sassen, Saskia. 2003. *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Scott, Joan. 2006. “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad”. *Ayer* 62: 111-138. <http://www.jstor.org/stable/41324974>

- Varela-Huertas, Amarela, y Ana Laura López. 2021. "Cada persona tiene derecho a estar donde su corazón está. Maternar una familia transnacional". *Cadernos de Campo: Revista de Ciências Sociais* 30: 265-291. <https://doi.org/10.47284/2359-2419.2021.30.265291>
- Vargas Ribas, Claudia. 2018. "La migración en Venezuela como dimensión de la crisis". *Pensamiento Propio* 47: 91-128. <https://lc.cx/DF8b9S>
- Velasco, Bolívar. 2023. "Extranjeros participaron en 8% de homicidios del 2022 en Ecuador". *El Comercio*, 16 de mayo. <https://lc.cx/3z5HRI>
- Vera, Leonardo. 2011. "¿Por qué la economía venezolana ha salido tan afectada por la crisis económica global?". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 17 (1): 95-121. <https://www.redalyc.org/pdf/177/17731135007.pdf>

Anexos



Mi primera vez en la
Mitad del Mundo,
Quito, Ecuador, 2012.



Mi primer día de clases en FLACSO,



Visita a la comunidad indígena Awá
como funcionaria del Ministerio de Salud
Pública, Carchi, 2014.



Marcha del bloque de mujeres migrantes.
Día de la mujer trabajadora. Quito,
Ecuador, 2024.